Serie ciencia ficción
GALAXIA 2000

Alex Towers

Las murallas de Hongara



Había calculado con los demás oficiales todos los pros y los contras. Lujan hubiera querido liberar primero a su Señor, si aún seguía con vida, y luego dominar la situación. Pero el bienestar de la mayoría aconsejaba lo contrario, y Varan habría aprobado el plan de haber podido.



Alex Towers

Las murallas de Hongara

Bolsilibros: Galaxia 2000 - 10

ePub r1.1

Titivillus 04.09.2019

Título original: *Las murallas de Hongara*
Alex Towers, 1985

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



LAS MURALLAS DE HONGARA

ALEX TOWERS

1

A Varan, Señor de Zhenland, le avisó el vigía al amanecer, y cuando gritó a su lugarteniente Lujan que alertara a la tropa, escuchó de éste:

—Hace tres años me hubiera parecido una broma de mal gusto tu orden, Señor —sus palabras estaban cargadas de ironía.

Varan terminó de ajustarse el peto y comprobó que sus armas estuvieran bien ceñidas. Acarició la culata de su valiosa pistola y respondió a su lugarteniente con una sonrisa:

—Entonces le hubiera retado a muerte por haber invadido mi territorio, pero hoy estoy obligado a ir en su ayuda.

Lujan giraba como una peonza dando órdenes a los hombres que corrían de un lado para otro. Las bestias levantaban nubes de polvo y los pajes se movían nerviosos, recogiendo los pertrechos, apagando las fogatas y recibiendo los insultos de los guerreros.

El lugarteniente se detuvo y se encaró con su jefe. No había ninguna falta de respeto en sus palabras cuando le dijo:

—Y lo harás de buena gana, reconócelo. Tú, el promotor de la alianza, no sentirás rubor cuando estreches la mano a Forjian, Señor de Cianlan.

—Ya lo hice con Berkas hace un mes —replicó Varan. Un hombre le llevó su montura y la bestia pareció reconocer a su amo. Emitió varios resoplidos guturales y se inclinó para permitirle que la montara.

Lujan soltó una carcajada y saltó sobre su bestia. El animal recibió con enfado el peso y el jinete la calmó hincándole las espuelas. Recogiendo las bridas, contestó a Varan:

—Era distinto, amigo, era distinto. Berkas jamás fue tu rival y tú ya rondabas a su hija, la hermosa Alehja, también deseada, ironía de los dioses, por Forjian.

Varan había estado vigilando a sus guerreros. Los cien hombres

ya estaban dispuestos, les brillaban las armas, no podía haber más decisión en sus miradas y era ensordecedor el ruido que producían los escudos y arneses, las armaduras, el golpetear de los cascos de los lagartos gigantes usados como monturas por el ejército de Zhenland.

—¡En marcha! —gritó Varan con el brazo alzado. Lo bajó y el guerrero que sostenía el estandarte lo tremoló tres veces.

—Ya me contarás después, Varan —dijo Lujan—. Cuando termine la batalla me dirás si te complace todo esto, si te sentirás contento de haber salvado de la muerte a Forjian.

—Cállate, condenado charlatán —gritó Varan. Picó espuelas y su bestia se lanzó al galope.

La columna armada salió del campamento. Atrás quedaban los jóvenes y los viejos, los cocineros y los armeros. Ellos terminarían de recoger todo, llenar los carros y proseguir hacia el sur en dirección a la ciudad.

—El explorador tardó media hora, Varan —dijo Lujan. Ya no sonreía. Su rostro era serio. Había abandonado las bromas y sólo tenía pensamientos para lo que iba a acontecer. Añadió preocupado —: Nuestros equipos son más pesados y necesitaremos más de una hora en llegar, jefe.

—Lo sé —replicó Varan—. Tomaremos el atajo del Este, por el lecho del viejo río.

—Los khrislos parecen sentir debilidad por las zonas fangosas, y ese viejo cauce aún lleva agua. Podemos encontrarnos con ellos, con cientos o miles, según vayan las migraciones este año.

—Correremos el riesgo. Forjian no debió acampar donde nos dijo el explorador que lo hizo. En mi mensaje le previne, le indiqué los lugares más seguros.

—Quizá no se fiaba de ti —comentó Lujan—. Es desconfiado por naturaleza.

—Es hora de que olvidemos el pasado. La alianza tiene que ser formada…, o pereceremos todos y la Zona Central será del dominio exclusivo de los khrislos.

Varan dio por concluida la conversación y espoleó su montura. Las poderosas patas del lagarto se movieron más de prisa y dejó atrás a Lujan por un momento.

El lugarteniente comprendió que su Señor quería cabalgar a

solas y respetó su deseo.

La llanura se extendía hasta el horizonte. Aquel año, el pasto era magnífico. Las lluvias y el sol habían fertilizado la tierra y en todas partes las cosechas se anunciaban abundantes. Pero desgraciadamente existían muy pocas esperanzas de que pudieran ser recolectadas.

Al cabo de media hora, el avance de la columna se hizo más lento. Varan no quería que las bestias se cansaran demasiado pronto. Era conveniente que estuvieran todavía frescas para la batalla. Ordenó que varias patrullas se adelantaran. De ninguna manera quería ser sorprendido por alguna horda de khrislos.

Lujan volvió a aproximarse a su Señor y cabalgó a su lado durante unos minutos, mirándole de soslayo de vez en cuando.

—El explorador dijo que la escolta de Forjian era poco numerosa —escupió lejos, a favor del viento—. Roguemos a los dioses que resistan. No me gustaría llegar y encontrarme con un montón de cadáveres despellejados.

—Los ciandalanos conocen bien al enemigo común —replicó Varan—. Sabrán cómo defenderse. Además, es esta época del año no acostumbran a salir grandes partidas de la Zona Oscura; esos endiablados khrislos no serán muchos.

Minutos más tarde regresó un explorador y comunicó a Varan que la columna estaba a pocos kilómetros de la pelea.

—Están atrincherados en la falda de un monte, Señor. Sobre sus cabezas se alza una muralla de rocas, inaccesible por ahora para los khrislos.

—¿Cuántos son ellos?

—Calculo que habrá unos doscientos demonios, señor.

Eran bastantes, pensó Varan. Pero no demasiados. Ellos, a pesar de ser inferiores en número, podrían vencer fácilmente. Poseían algo que carecían los khrislos: astucia, saber pelear con estrategia y mover las tropas convenientemente.

Y por el momento aún disponían de armas de fuego, de poderosos láseres. Varan pensó que en aquella ocasión no debían ser parcos a la hora de usarlos. El pueblo de Zheland disponía de menos reservas tras cada encuentro contra los demonios, pero la circunstancia exigía no escatimar energía.

Era vital para la alianza que el Señor de Cianlan siguiera con

vida.

Varan impartió las últimas instrucciones y se adelantó al grueso de la tropa al mando de treinta guerreros. Atrás quedó Lujan al frente del resto, rumiando lleno de descontento como siempre que su Señor le impedía entrar antes que nadie al combate.

El Señor de Zheland condujo su grupo, dando un rodeo, hasta situarlo en el flanco derecho de la posición defendida por los ciandalanos. Por suerte para ellos, los khrislos eran tremendamente sordos y no percibirían el estruendo de las bestias al galopar.

En cambio, los sitiados sabrían enseguida que iban a ser socorridos, y esto les daría ánimos y nuevos bríos para proseguir la lucha con tanto denuedo como al principio.

Varan estudió el campo de batalla desde la altura donde se había detenido. Detrás de él, sus guerreros tranquilizaban a las bestias. Los grandes lagartos habían olido a los khrislos. Estaban entrenados para moverse entre ellos dando dentelladas; les gustaba la carne de aquellos seres misteriosos y repulsivos.

A su derecha se elevaba el muro rocoso. En su falda, y a unos cien metros o más, los ciandalanos mantenían a raya a la horda khrisla, parapetados tras sus carros y los cadáveres de sus monturas. El ejército de Cianlan usaba una mutación de buey y caballo en lugar de los lagartos habituales entre los zhelandanos. Eran menos feroces, aunque más resistentes en las largas marchas y capaces de tirar de grandes pesos.

Los khrislos, como era habitual en ellos, atacaban de frente. Sus armas, largas lanzas, ballestas y espadas enormes y de ancha hoja, producían bajas en los sitiados cuando en una de sus embestidas lograban aproximarse a los improvisados parapetos.

Varan creyó ver al Señor Forjian. Gritaba a sus guerreros supervivientes dándoles ánimos. Tenía un láser en una mano y su espada de empuñadura de oro en la otra. Poco más de media docena de armas de fuego parecía haber entre los defensores.

Quizás era esta escasez lo que les impedía derrotar a sus enemigos.

El número de khrislos no era elevado. Se trataba de una pequeña partida, habitual en la época del año. Unos meses más tarde llegarían en manadas sobrecogedoras, descendiendo del Norte y extendiéndose por la Zona Central como la plaga más mortal jamás

conocida en el planeta Hongara.

Varan hizo la señal a sus guerreros para que le siguieran y espoleó a su lagarto. El animal bramó y bajó la ladera trotando. El resto de la tropa hizo lo mismo. El aire se llenó de gritos de guerra, de las consignas habituales del ejército de Zhenland cuando iba a entrar en combate.

Los khrislos no se percibieron de la proximidad de los recién llegados hasta que los tuvieron encima. Entonces, la mayor parte de ellos se revolvió e hizo frente a las avanzadas que bajaban del monte.

El choque entre las dos fuerzas fue brutal. Alrededor de Varan iban seis guerreros que por privilegio contaban con láseres. Fueron los encargados de abrir la brecha por la cual penetró el resto de los lanceros.

El cercado grupo de ciandalanos subió a los parapetos, y desde allí acabaron con los pocos khrislos que tenían cerca.

Varan vio de reojo a Forjian que saltaba y corría a unirse a la tropa de socorro. Sonrió. Tenía que reconocer que su viejo rival era un valiente. Delante de él pretendía demostrar que sólo a causa de la inferioridad numérica había tenido que mantenerse a la defensiva.

Pero los khrislos eran todavía muy numerosos y su empuje empezó a ser agobiante. Varan despachó a dos de un disparo y cortó a otro que intentaba asestarle un mandoble por la espalda. Miró por encima de sus guerreros, preguntándose cuándo aparecería Lujan con el resto de la columna.

Con rabia veía cómo varios de sus hombres caían bajo montones de aquellos seres repulsivos, abrumados por el número del enemigo.

Cuando la situación parecía más peligrosa, el aire se llenó de clarines de guerra y, tras la elevación del terreno situada frente a la muralla rocosa, surgió Lujan al frente de sus guerreros.

Los khrislos fueron ahora arrollados, divididas sus fuerzas, sorprendidos por la retaguardia.

Eran atravesados sistemáticamente por las jabalinas, arrollados por los lagartos y cercenados sus miembros por los molinetes de las espadas.

Pero la batalla no concluyó, como era costumbre, hasta que el último ser fue muerto.

Luego se dedicaron varios hombres a la tarea de rematar a los heridos enemigos, mientras otros se ocupaban de socorrer a sus compañeros alcanzados por el acero negro de los khrislos.

Varan descabalgó y recorrió el campo alfombrado de figuras pardas ensangrentadas. Con la punta de su espada hizo que un khrislo se volviese y le mirase frente a frente con sus ojos vidriosos y sin vida.

—Nuevas generaciones —masculló—. Han debido ser paridos en el mismo infierno y ahora empiezan a bajar desde el Norte Tenebroso. Este año adelantan su momento, al parecer.

Observó detenidamente a la malévola criatura muerta.

Un khrislo era algo que invitaba a vomitar. De una altura que escasamente llegaba al metro y medio, estaba conformado como una parodia humana; poseía miembros largos y un cuerpo ridículamente pequeño, una cabeza aplastada sobre los hombros y una piel escamosa. No llevaban sobre su cuerpo otra cosa que bandas de cuero que llenaban de espadas y estiletes, un carcaj a la espalda repleto de flechas envenenadas y una ballesta en banderola cuando no la utilizaban.

—Juraría por el dios de la burla que son mayores que la última vez —dijo Lujan.

—Es lo que afirman algunos sabios —asintió Varan—. Dicen que han crecido unos centímetros desde la primera vez que surgieron del Norte.

—¿Cómo serán dentro de unos años?

—No nos quedaremos para verlo. Al menos no estaremos en una tierra tan poco propicia.

Lujan envainó su espada y enfundó su pistola. Cogió la cantimplora y bebió un largo trago de agua y miel. Giró la cabeza y dijo a su Señor al ver que Forjian se acercaba a ellos.

—Si él no opina como tú debemos empezar a temer por la alianza.

Varan se volvió. Forjian estaba frente a él, lleno de polvo y sudor, cubierta parte de su armadura con la pestilente sangre de los khrislos. Hincó su espada en el suelo, se quitó el guantelete y tendió la mano desnuda.

Los dos hombres se estrecharon las manos y luego se golpearon el hombro derecho en señal de amistad.

—Te doy las gracias, Señor de Zhenland —dijo Forjian, esbozando una sonrisa.

—Y yo a ti por haber acudido a mi territorio, tal como te pedí que hicieras.

—La bienvenida no fue muy cordial —dijo señalando el campo de batalla—. Quizá debí hacerte caso y seguir la ruta que me señalaste.

—¿Por qué no lo hiciste?

Forjian se encogió de hombros.

—Carezco de buenos conocedores de tu reino. Nos perdimos, lo confieso humildemente.

Varan asintió.

—Me imaginé algo parecido y decidí salir de mi ciudad para venir a tu encuentro.

—Siempre tan precavido —rió Forjian.

—¿Muchas bajas?

—Casi la mitad —oteó el horizonte—. ¿Crees que llegarán más demonios?

—Lo dudo. Todavía es pronto para que aparezcan en bandada. Forjian, nos queda poco tiempo.

El Señor de Cianlan le miró suspicazmente.

—¿Para qué? ¿Qué planes tienes, Varan?

—Los conocerás cuando estemos en mi palacio. Allí nos espera el Señor de Ordlan.

Los dos Señores empezaron a caminar despacio. Forjian estudió a Varan de soslayo, bajó la mirada y preguntó quedamente:

—En tal caso, debo pensar que la bella Alehja también es tu huésped. ¿Me equivoco?

Varan meditó un poco antes de responder. No era el momento más adecuado para restregar viejas heridas. Debía ser muy diplomático. Necesitaba que imperara entre ambos la concordia. Podía dejar por el momento que Alehja estuviera en su mente.

—Sí, claro. Y no sólo ella, sino todo lo que queda del reino de Ordlan.

Forjian, sorprendido, se detuvo.

—¿Entonces es cierto que el viejo se acobardó y huyó de su reino, refugiándose en el tuyo?

—Berkas solamente hizo lo más prudente, siguió mi consejo.

Por primera vez desde que hablaban, Forjian miró al otro con expresión cargada de desdén.

—Sospecho que en tus planes hay detalles que no me gustarán cuando me los cuentes.

—Espera a oírlos —Varan miró el cielo—. Démonos prisa. Anochecerá dentro de seis horas. Con un poco de suerte estaremos para entonces en la ciudad.

—Está bien —sonrió Forjian—. Tengo muchos deseos de ver a Alehja.

Varan montó en su lagarto y esperó a que un guerrero llevase otro para el Señor de Cianlan, quien poco acostumbrado a esta clase de cabalgadura no parecía encontrarse a gusto.

—Esta misma noche tendremos una reunión —dijo firmemente —. Y mañana celebraremos tu estancia en mi reino como es acostumbrado.

Añadió antes de echar su lagarto al galope:

—Sólo entonces verás a Alehja.

2

El centinela se cuadró ante su paso.

—¿Todo bien? —le preguntó Varan.

—Sí, todo bien, mi Señor.

—Estupendo —asintió Varan. Se alejó. Cuando caminó unos metros a lo largo de la muralla, se detuvo.

Estuvo inclinado sobre las piedras un rato, meditando. Miró abajo. La muralla no tenía más de dos metros y medio de altura. Cuando la mandó construir su antepasado, el segundo Señor de Zhenland, al pueblo la pareció excesiva. ¿Para qué tan alta? ¿Por qué semejante precaución en un mundo donde el peligro mayor era una sequía o una lluvia torrencial? Allí no existían enemigos peligrosos. Las bestias más feroces, demasiado tímidas en realidad, no se atrevían a acercarse a los lugares habitados.

Pero esto sucedió hacía dos siglos y durante muchos años los vecinos de Zhenland, e incluso muchos habitantes del reino gobernado por el antepasado de Varan, se estuvieron riendo del exceso de previsión del monarca.

Las murallas que rodeaban la ciudad se terminaron en veinte años y exigieron demasiados esfuerzos. Los sucesivos Señores optaron por abandonar los planes de ampliación, convencidos más que nunca de que no eran necesarios. Las rencillas con sus vecinos eran solucionadas de forma civilizada. Algunos pequeños duelos entre los campeones elegidos y, en el peor de los casos, entre los monarcas enemistados, siempre por poco tiempo y deseosos en realidad de reconciliarse.

Varan pensó que ahora no disponía de veinte años para elevar las murallas otros metros. La altura actual era insuficiente para contener las próximas invasiones khrislas, según habían vaticinado sus hombres de ciencia.

Miró hacia el Oeste, allí donde comenzaba, mucho más allá del

horizonte, el abandonado reino de Ordlan. Luego volvió la cabeza en dirección al Este. El reino de Cianlan era la única ruta, pensó. Por eso necesitaba la colaboración de Forjian.

Se retiró del parapeto y pasó de nuevo ante el centinela. Dentro de las murallas, la ciudad parecía dormir tranquila, pero seguramente muchos de sus habitantes, que compartían casa y comida como los desdichados fugitivos procedentes del Oeste, serían incapaces de conciliar el sueño.

En los pensamientos de la mayoría permanecía la amenaza khrisla y les producía insomnio.

Cruzó la pasarela de madera y entró en su palacio, una casa de dos plantas, vieja como la ciudad, que descansaba en uno de sus flancos sobre la muralla.

Bajó unas escaleras y entró en un pasadizo. Este camino era poco conocido por la gente que habitaba en el palacio. Aparte de él, sólo sabían de su existencia Lujan y algunos consejeros.

Había calculado por la posición de la Luna Roja que era el momento de la reunión.

Entró en una sala tras cruzar por en medio de una pareja de guerreros que montaba guardia. Dentro había una fuente de luz eléctrica, una de las pocas que seguían funcionando en todo el planeta. Había decidido encenderla aquella noche para que alumbrara la reunión.

Sentado sobre una silla amplia estaba Forjian, con una copa de vino en la mano. Detrás de una mesa, reclinado sobre ella, un hombre de unos cincuenta años alzó la cabeza al verle llegar. Se rascó su poblada barba entrecana y le sonrió.

Varan presumió que Berkas podía decir algo que no convenía en aquel momento y le atajó con un ademán decidido. Por suerte para él, como luego sabría, el viejo no había tenido tiempo de cambiar muchas palabras con Forjian.

No había nadie más que ellos en la estancia, la antesala de la cámara del trono de Varan. Todas las puertas estaban bien cerradas.

—Comencemos —dijo el Señor de Zhenland.

Forjian mordisqueó una fruta del racimo que tomó indolentemente.

—Pareces tener prisa.

—Así es —asintió Varan. Extendió un mapa de la Zona Central y

fue señalando la situación de los tres reinos. Luego dejó su dedo sobre el punto que marcaba su ciudad—. Todos los humanos de Hongara están ahora aquí y en el Este, en tus territorios, Forjian.

—Eso no es nuevo. Bueno, quiero decir que lo sé ahora que me he enterado que Berkas huyó de su ciudad —sonrió Forjian.

Varan apretó los labios y vio que Berkas enrojecía. El viejo había comprendido la indirecta de Forjian. Decidió no haberla entendido por su parte y siguió hablando:

—Durante estos tres últimos años hemos padecido las invasiones intermitentes de los khrislos. Empezaron con el reino de Ordlan el primer año; en el segundo nosotros sufrimos sus ataques y en Cianlan vieron las primeras avanzadas.

—¿Vas a hacernos una historia detallada de los últimos acontecimientos? —preguntó Forjian con ironía.

Varan respondió calmosamente:

—Es preciso que te des cuenta de cómo han ido progresando esos demonios.

—¡Claro que lo sé! ¿Me crees tonto?

—Sólo intento que comprendas. Durante el segundo año, la situación en Ordlan se hizo insostenible. La ciudad de Berkas ni siquiera tiene una pequeña muralla como la mía, como también sabrás. En mi reino aumentaron las incursiones de los khrislos, y en el tuyo, Forjian, empezasteis a preocuparos. ¿Me equivoco?

—Claro que no. ¿Cómo puede uno permanecer tranquilo ante las apariciones de los demonios procedentes del Norte? Yo he tenido que hacerles frente muchas más veces que la primera vez.

—Entonces yo tengo razón. Los khrislos aumentan en número, avanzan, siempre bajando del Norte, hacia el Este. Es como si en los próximos años quisieran recorrer toda la Zona Central, la única habitable para nosotros de Hongara. Solamente ocupamos una mínima parte de ésta, como así fue acordado cuando nuestros antepasados llegaron. Estaba previsto una expansión, pero mucho más adelante, cuando el crecimiento demográfico lo exigiera.

—Sigue, Varan —pidió Berkas cuando vio que se callaba.

Varan se enderezó. Con un gestó abarcó el mapa.

—Jamás se exploró oficialmente lo que hay más allá de tu reino, Forjian.

—¿Dices oficialmente? —inquirió el Señor de Cianlan.

—Eso es. Hace cincuenta años, mi abuelo envió una expedición que cruzó tu territorio en secreto y se adentró mucho más allá del Santuario, penetrando unos mil kilómetros. Luego regresaron, dieron su informe y éste se mantuvo oculto hasta hoy.

—Eso fue una violación de los acuerdos —protestó Forjian.

—Ocurrió hace medio siglo y nadie murió —sonrió Varan—. No hubo ningún encuentro armado con alguna de tus patrullas, te lo aseguro. Fue una expedición pacífica, científica. Mi abuelo debió pensar que si pedía permiso al Señor de Cianlan de entonces perdería el tiempo.

Forjian observó:

—Está prohibido desde hace cien años que nadie, ni siquiera nosotros, los ciandalanos, se acerquen al Santuario, a pesar de estar dentro de nuestro territorio.

Varan asintió. Cerca del Santuario existía una pequeña guardia formada por soldados de los tres reinos que vigilaba el cumplimiento de lo pactado un siglo antes, cuando los Señores de entonces acordaron que se había abusado del Recinto para que los habitantes de la Zona Central se proveyeran de materia prima, del acero que tanto escaseaba en Hongara.

—La expedición rodeó el Recinto y lo hizo también a su regreso. Pero olvida eso, Forjian, y alégrate de que mi antepasado cometiera aquella pequeña falta.

—Demuéstrame que debo olvidarme.

—A eso voy. La expedición volvió con la noticia de que existe una gran ciudad, veinte veces mayor que la mía, con murallas mucho más elevadas, a mil kilómetros de donde acaba tu territorio, Forjian.

Forjian abrió la boca y Berkas lanzó una exclamación se sorpresa. El Señor de Cianlan miró al viejo, preguntándole:

—¿Es que tú, que llevas un mes en Zhenland, no conocías esta fantasía? ¿No te la contó Varan?

—No es ninguna fantasía —dijo Varan—. Excepto mi lugarteniente, vosotros sois los primeros en saberlo.

—¿Cómo es esa ciudad?

—Gigantesca. Se extiende sobre un área de varios kilómetros cuadrados y tres ríos la atraviesan. Sus murallas tienen veinte metros de altura y cada cien existe una torre de treinta. Dentro, una

ciudad maravillosa con avenidas rectilíneas y calles bien trazadas. Hay casas de cuatro y cinco pisos, palacios, jardines, cuadras, zonas de recreo y extensiones que pueden ser dedicadas al cultivo…

—¿Quieres decir que no están cultivadas?

—En absoluto. La ciudad, como debe quedar bien claro, está desierta.

Varan sacó de un cajón de la mesa varios papeles amarillentos por el tiempo. Los extendió y mostró los dibujos que tenían.

—El jefe de la expedición los hizo. Era un buen dibujante. Sacó perspectivas desde varios puntos de las murallas y desde el minarete del palacio que se eleva en el centro de la ciudad.

Durante unos minutos los grabados fueron examinados con atención por Forjian y Berkas.

—Esto no prueba nada —dijo Forjian desdeñosamente—. Cualquiera ha podido hacer estos dibujos sin moverse de su casa.

—Debes creerme, Forjian.

—¿Quién vivió en esa ciudad?

—Eso no se descubrió. La expedición sólo estuvo siete días en ella, no tuvo tiempo de explorarla toda. El jefe decidió regresar con la noticia cuanto antes.

—Tu abuelo lo mantuvo en silencio. ¿Por qué?

—Lo ignoro. Se lo dijo a mi padre y éste me lo comunicó pocos días antes de morir. Me pidió que si las relaciones con el reino de Cianlan mejoraban, yo debía proponer a su Señor que los tres reinos debíamos compartir la ciudad, vivir juntos y en paz para siempre, como lo quisieron nuestros antepasados cuando viajaron a este planeta hace dos siglos. Un solo reino, un solo pueblo.

—¿Y un solo Señor? —ironizó Forjian.

—O los tres gobernando juntos.

—Termina, Varan. Intuyo que ahora viene lo más importante.

—Has acertado. Mi propuesta es que los tres pueblos se retiren a esa ciudad. Es la única posibilidad que tenemos de sobrevivir al peligro khrislo. Sus murallas nos defenderían eternamente.

Berkas empezó a rascarse la barbilla. Había estado asintiendo a todo lo que exponía Varan. Forjian, en cambio, dijo exaltado, casi enfadado:

—Estás loco. Propones una migración al Este, una gran huida.

—Recapacita. Tu ciudad, Forjian, está menos preparada para

defenderse que la mía. Yo confío resistir en ésta durante meses, pero al final caeremos bajo el peso de los khrislos; pero te aseguro que antes los demonios habrán seguido hacia el Este y acabado con todo tu pueblo.

—Varan tiene razón.

—Eso lo dices tú porque ya has empezado a huir, Berkas —dijo Forjian.

—Piénsalo esta noche, o dímelo ahora.

—Tardaríamos tiempo en organizar todo…

—Un mes. Mi pueblo y el de Berkas podrían ponerse en marcha antes de veinte días. Diez jornadas después nos reuniríamos contigo y los tres seguiríamos hacia el Este. Sólo nos detendríamos algún tiempo ante el Santuario.

—¿Para qué?

—Es preciso que nos apoderemos del resto del acero que allí sigue. El jefe de la expedición insinuó que en la ciudad no había apenas. Allí abunda la cerámica, la madera y el vidrio.

Forjian calló un momento.

—Te daré mi contestación mañana en la fiesta. Varan asintió. Hubiera deseado la promesa de Forjian allí mismo.

3

Forjian de Cianlan acudió a la fiesta con sus mejores galas, bien acicalado y sosteniendo su mano derecha sobre la empuñadura de oro de su espada. Le seguían varios de sus más altos oficiales. Fuera del palacio dejó su escolta, compuesta por sólo seis hombres de los que habían salido ilesos de la batalla.

Varan acudió a recibirle y le condujo hasta una sala cercana a la estancia donde iban acudiendo los invitados. Allí aguardaban algunos hombres de ciencia de la ciudad, jueces, comandantes y una representación del pueblo de Ordlan con Berkas al frente.

Cerca de Varan estaba Lujan, quien se apresuró a cerrar la puerta que conducía a la sala de baile. La música alegre de la orquesta dejó de llegar hasta ellos.

Forjian ladeó la cabeza y miró a su anfitrión.

—¿No vamos a tomar unas copas antes de discutir y bailar varias danzas con las hermosas damas de tu corte, Varan? —preguntó displicentemente—. Antes quiero conocer tu respuesta. —Varan señaló al grupo de Ordlandanos—. Ellos están conformes.

—Es obvio. Ahora son gente sin patria.

—Tu respuesta, Forjian —apremió Varan.

El Señor de Cianlan se despojó su guante derecho y replicó enfurecido:

—Está bien. ¿Es que hay que firmar algo?

—Me basta tu palabra.

—¿Mi juramento?

—Es suficiente que digas delante de tu gente, de la de Ordlan y la mía, que estás dispuesto a conducir tu pueblo junto con los demás al Este, compartiendo todo, comida, armas, sangre y sufrimientos; y que luego, en la ciudad desierta, respetarás una tregua de tres años.

—¿Para qué esa tregua?

—Es el tiempo que hemos calculado que necesitaremos para vencer a los khrislos.

—¿Cómo puedes saberlo?

—Son cálculos efectuados por mis sabios.

—Bah, el producto de adivinos —se rió Forjian—. ¿Qué más?

—Después de ese plazo discutiríamos la unión definitiva de los tres pueblos bajo la dirección de un solo hombre o de un triunvirato.

—¿Y si no llegáramos a un acuerdo?

—La nación disidente tendría que abandonar la ciudad, dejándola intacta a las otras dos, siempre que éstas estuvieran de acuerdo en compartirla.

Forjian entornó los ojos. Durante toda la noche anterior y parte del día había estado discutiendo con sus oficiales. Llegaron a la conclusión de que Varan no podía haberse inventado la ciudad desierta. Tenía que existir. Y el peligro khrislo era cada vez mayor.

La decisión no había sido fácil, pero todos estuvieron de acuerdo en que la capital de Cianlan no resistiría un ataque de millares de krhislos. Si Varan, que contaba con una urbe amurallada, estaba dispuesta a abandonarla, debía ser cierto que no confiaba en hacerse fuerte allí eternamente.

Lo que no agradaba a Forjian era otorgar a un pueblo derrotado como el ordlandano una categoría que no merecía a su criterio. Pero recordó que Berkas era el padre de Alehja.

Recuperando su buen humor y su sonrisa, Forjian dijo:

—Está bien. Acepto todas las condiciones. ¿Podemos beber ahora?

Varan asintió en silencio y respiró aliviado. Hizo una señal a Lujan para que llamara a los camareros, que acudieron enseguida llevando bandejas repletas de vino.

Los tres Señores se fundieron en un abrazo y luego todos empezaron a beber y a reír. Forjian no cesaba de hacer preguntas acerca de la ciudad y Varan las contestaba como podía. Los hombres de los tres reinos confraternizaban y parecían haber olvidado sus viejas rencillas.

—¡Por la ciudad encantada! —gritó un general ciandalano Era Korjas, el lugarteniente de Forjian, un individuo enorme y de rostro brutal. Decían que era el mejor guerrero de Cianlan.

—¡Por sus habitantes que desaparecieron un día para que nosotros podamos heredarla ahora! —bramó Forjian. Bebió, el vino resbaló por sus labios y se volvió para mirar a Varan—. Por cierto, mi buen amigo, ¿qué ocurrió para que esa gente que la habitó se esfumara?

Varan se negó con la cabeza.

—Lo ignoramos. Su arquitectura indicó a los exploradores que eran parecidos a nosotros, pero nada se descubrió que aclarara la causa de su súbita desaparición, aunque ésta se supone que ocurrió hace bastantes siglos, mucho antes de que nuestros antepasados arribaran a Hongara.

Forjian gritó a su lugarteniente Korjas que enviara varios emisarios en aquel mismo momento a Cianlan para que los pregoneros esparcieran la noticia a todos los rincones, para que toda su gente se preparara para marchar al Este.

—Ahora vayamos con las damas y bailemos toda la noche —dijo Forjian. Se volvió hacia el Señor de Ordlan—. ¿Dónde está tu encantadora hija?

Berkas agitó sus ojos y acabó rehuyendo la mirada sonriente y cargada de vino de Forjian. Giró la cabeza hacia Varan y pareció suplicar a éste que acudiera en su ayuda.

En aquel momento, como si supiera que debía actuar, Lujan empujó las puertas que conducían a la sala de baile y dijo a todos que podían divertirse. La música que entró torrencialmente ahogó sus últimas palabras.

Forjian empujó a cuantos se interponían en su camino y entró de los primeros en la sala. Se quedó plantado en el borde de la pista, con una copa en la mano y mirando a todas partes. Buscaba a Alehja.

Cuando la descubrió al otro lado de la sala, sus ojos se iluminaron.

—Me alegra que hayas creído mis palabras, Forjian —dijo Varan —. Si hubieras dudado de ellas tenía preparado un grupo de sabios e investigadores que te habrían sacado de dudas.

—Ah, sí —respondió Forjian distraídamente. Tenía puesta toda su atención en la hermosa muchacha que avanzaba hacia ellos.

Alehja era alta, rubia, delgada y cimbreante. No llevaba puesto un vestido adecuado para bailar, sino un traje de amazona. Era la

única que lo usaba en la fiesta, pero aun así resultaba la más bella de todas las mujeres.

Mientras caminaba, su larga cabellera parecía flotar como una nueve impregnada de oro. Se abrió paso entre las parejas que danzaban y a cada instante su sonrisa se acentuaba.

—Alehja dedicó parte de su tiempo a estudiar los informes de los exploradores y se ha convertido en una experta de la ciudad desierta —dijo Varan. Detrás de él estaba Berkas y podía percibir su respiración entrecortada y nerviosa.

Alehja tenía extendidas sus manos y Forjian hizo intención de hacer lo mismo. Pensó que ella le recibía llena de gozo.

—Está más bella que nunca —musitó Forjian.

Pero el Señor de Cianlan quedose boquiabierto y pálido cuando vio que Alehja se limitaba mirarle levemente y luego depositaba sus manos en las de Varan.

—Forjian, tengo el honor de presentarte a la nueva Señora de Zhenland, a mi esposa Alehja —dijo Varan después de haberla tomado por la cintura.

Forjian movió los labios pero no logró articular una sola palabra. El suelo parecía que se hundía bajo sus pies. Miró fijamente a la muchacha con sorpresa y luego a Varan con odio.

—¿Desde cuándo es tu esposa?

—Hace tres semanas celebramos los esponsales —replicó Varan secamente. El momento crucial había llegado, pero confiaba en que Forjian fuera consecuente con su palabra, que el vino no le hubiera enturbiado demasiado la mente y no acabara dando un espectáculo bochornoso en medio de tanta gente.

Sobre todo, Varan confiaba en que supiera estar a la altura de su linaje y no rompiera su promesa de alianza.

Alehja, conocedora de todo, se apartó de su esposo y tendió una mano blanca y serena hacia Forjian.

—Acabo de enterarme de que es firme la alianza entre nuestros tres pueblos —dijo con voz suave pero enérgica. Esperó a que Forjian sostuviera sus dedos y la besara—. Todo Hongara se salvará, Forjian. Tu ayuda era imprescindible. Gracias.

Aturdido, Forjian dejó escapar la mano de la muchacha y sacudió la cabeza. Se revolvió hacia Varan y agitó las manos.

—No temas, maldito —dijo Varan—. No ha existido ningún

engaño. Alehja y yo nos amábamos desde hacía tiempo…

—¡No me hables de vuestro amor! —Rugió el Señor de Cianlan entre dientes—. No me provoques. Podría enviarlo todo al infierno —respiró hondo y añadió—: Ahora comprendo tus prisas para que yo sellara el acuerdo cuanto antes.

—¿Acaso habrías cambiado tu actitud de haber sabido que Alehja es mi mujer?

—Vamos, Forjian, no puedes anteponer tus pasiones al bienestar de tu pueblo —intervino Berkas, el único que asistía a la tensa escena entre los tres.

—Cállate, Señor deshonrado —escupió Forjian—. Me marcho —retrocedió un paso y sonrió torvamente—. Podéis dormir tranquilos. Sabré mantener mi promesa. Pero una vez en esa ciudad fantasma, discutiremos tú y yo, Varan.

Forjian recogió su capa. Al tremolarla pareció dar una señal a su séquito para que acudiera junto a él. Les dijo:

—Señores, nos retiramos. Se acabó la fiesta. Dejad de beber y disponedlo todo para partir. Nos vamos a nuestras tierras para verlas por última vez y prepararlo todo. Recordad, hombres de Cianlan, que tenemos una cita con nuestros anfitriones dentro de un mes al pie del Santuario —miró con desprecio a Berkas—. Ah, me olvidaba de los restos del pueblo de Ordlan. También estará allí, si es que el nuevo protector Varan es capaz de cuidarlo tan bien como ha demostrado hasta ahora.

Varan optó por no replicar a las irritadas palabras de Forjian. Se contentó con apretar los puños y mantenerse en silencio.

Su rival ejecutó una leve inclinación y se volvió, retirándose del salón.

La marcha de Forjian no causó demasiada sorpresa entre los asistentes. Desde hacía un rato, los rumores que corrían por el palacio se habían confirmado, era poca gente la que seguía bailando y todo el mundo hablaba de la alianza y la gran marcha hacia el Este.

—Habrá problemas —pronosticó Berkas. Miró con recelo a su alrededor—. Esto puede traernos complicaciones si la gente empieza a sospechar que la amistad entre nosotros no es tan fuerte como lo requieren las circunstancias.

—Bah —dijo Lujan, sonriente—. Iré diciendo por ahí que Forjian

está tan entusiasmado con el plan que se ha marchado porque desea estar entre los suyos cuanto antes para dirigir la organización. Evacuar a toda una ciudad no es fácil.

Varan asintió. Era lo que habían estado haciendo ellos secretamente desde hacía más de un mes. El pueblo sólo se enteraría aquella noche del proyecto. Al amanecer despertaría con la noticia. Esperaba que no cundiera el pánico, aunque éste ya latía en todos desde tres años atrás y era provocado por las terroríficas apariciones de los khrislos.

En la plaza mayor de la ciudad existían varios de aquellos demonios disecados, un testimonio perenne para que todos estuvieran alerta y vigilantes.

Varan se vio asediado por los invitados. Todo el mundo quería preguntarle algo. La excitación era mucha y trató el tema con desenfado. Se alejó de los curiosos cuando pudo y buscó a Alehja con la mirada. La localizó reclinada sobre el alfeizar de un balcón, con la mirada perdida en las estrellas.

Se acercó a ella y apoyó sus manos en los desnudos hombros.

—¿Qué piensas? —preguntó.

—Estoy apenada ante la idea de que no vamos a marchar unidos. Quizá debimos postergar nuestra boda.

—No digas eso. Forjian se serenará y reconocerá que no tiene razón. Acabará calmándose, ya lo verás.

—¿Lo crees sinceramente?

—Por supuesto —volvió la cabeza. Los invitados empezaban a retirarse. No había sido una fiesta muy de su agrado. Era en honor de Forjian y éste la había abandonado de forma descortés.

Lujan se ocupaba en la salida de saludar a las personalidades y trataba de disculpar la ausencia de los Señores de Zhenland.

—Nunca he estado en el Santuario —dijo Alehja, pensativa.

—¿A qué viene esto ahora? —sonrió Varan. La tomó del brazo y caminaron por un pasillo hacia sus habitaciones privadas.

—Estoy deseando verlo.

—Queda demasiado poco…

—Lamentablemente, sí. Fue esquilmado salvajemente.

—No seas dura con quienes lo hicieron. Nuestros antepasados tuvieron que proveerse de acero. En Hongara apenas existe. Los tres pueblos nos repartimos bastante del que había, toda la energía que

se encontró, las maravillas que trajeron hace dos siglos nuestros tatarabuelos.

Varan acarició la culata de su láser. Un arma como aquélla tenía un valor incalculable en Hongara. Había pocas, repartidas cuidadosamente. Pero cuando las valiosas cargas que las hacían funcionar se agotasen se convertirían en piezas de museo.

—¿Por qué tu afán en visitar el Santuario? —preguntó—. Después que pasemos no quedará de él un gramo de metal; nos lo llevaremos todo.

—¿Es preciso?

—¡Oh, vamos! Tú estabas en la reunión cuando lo acordamos. Es posible que no podamos volver sobre nuestros pasos en mucho tiempo. Vuestros estudios acerca de los khrislos…

—Nuestras investigaciones de los demonios no pueden ser dogma de fe —le interrumpió Alehja—. Hemos hecho teorías, no predicciones seguras. Calculamos que algún día los khrislos dejarán de bajar del Norte Tenebroso. ¿Cuándo? Eso no lo sabemos. Quizás ocurra dentro de dos años o de cien.

Varan agitó la cabeza. Empujó la puerta de su dormitorio y dejó que Alehja pasara. Una vez dentro, dijo.

—Daría cualquier cosa si alguien me explicara su súbita aparición.

Alehja empezó a despojarse de su traje de amazona. De nuevo pareció sentirse atraída por las luces del cielo. Ahora podía verse desde la ventana la llegada de la Luna Roja.

—Quizá nunca lo sepamos. Tal vez los khrislos desaparezcan un día tan inesperadamente como surgieron.

4

En los siguientes seis días acudieron a la ciudad las familias campesinas. La mayoría llegaron escoltadas por patrullas de guerreros que partieron para recorrer los territorios y dar el aviso.

—Como habíamos previsto —dijo Lujan a Varan—, en estos casos siempre hay tercos. Los soldados me han informado que tres familias se negaron en redondo a abandonar sus granjas y tuvieron que traerlas a la fuerza.

—¿Es seguro que no ha quedado nadie en los campos? —preguntó Varan. Veía desde la terraza de su palacio la abigarrada multitud que llenaba calles y plazas.

—Un granjero, al parecer algo tocado de la cabeza, huyó al monte y los hombres desistieron de correr tras él. Gritaba que nunca había visto a un demonio y no creía nada de lo que le dijeron.

—Allá él —dijo Varan, molesto pese a todo.

—El resto de las patrullas se unirán a nosotros cuando emprendamos la marcha, y la última guarnición fronteriza ya procede a abandonar el fuerte y viajará hacia aquí despacio.

—¿Qué Noticias hay de los khrislos?

Varan se encogió de hombros y bebió un trago de agua fresca de su cantimplora.

—Contradictorias. La gente que viene del Norte afirma que son más numerosos que nunca y que vieron cómo todo el horizonte se cubría de ellos más allá de los lagos. Sin embargo, los campesinos procedentes del Este apenas descubrieron a alguno que otro que mataron más como una diversión que como una obligación.

Según la última estadística, sin contar los seiscientos guerreros que continuaban formando las patrullas de vigilancia, en la ciudad había más de sesenta mil seres, toda la población de Zhenland.

La gente había recibido la orden de evacuar antes de tres

semanas con criterios dispares. En su mayor parte aceptaba la decisión tomada por sus gobernantes. Otros lloraban aún por la pérdida de sus hogares, y hubo varios que propusieron a su Señor permanecer en la ciudad y defenderla hasta morir.

Los preparativos para la marcha habían convertido a la urbe en una casa de locos. Los ediles no dormían desde hacía días confeccionando listas con los hombres que debían incorporarse a las milicias o a los batallones de trabajadores. Aunque todo estaba planificado, llevar a cabo la organización de la intendencia y servicios sanitarios era un trabajo arduo.

Se habían requisado miles de carretas y se agruparon en número de veinte. En cada grupo iría un destacamento de soldados voluntarios, médicos, cocineros y distribuidores de alimentos. La comida se había convertido en un bien general, propiedad de todos. Cada ciudadano de Zhenland sólo podría llevar el mobiliario preciso y sus riquezas, ropas y utensilios.

Fuera de las murallas se concentraba la ganadería, cada res marcada con la señal de su dueño. La que llegase a su destino sería reintegrada a quien la reclamara.

—Esto es una locura —gruñó Lujan una tarde, cuando sólo faltaban tres días para la marcha—. La gente se pelea por cualquier tontería, discute y se enzarza a puñetazos por una banalidad.

—Están nerviosos, Varan —dijo Alehja que asistía a la reunión de trabajo que presidía su esposo.

El lugarteniente paseó delante de la mesa atestada de papeles. Algunos consejeros siguieron con la mirada sus largas zancadas. Todos sabían que Lujan era uno de los más incansables dirigentes. Su humor empeoraba cada día que pasaba, pero confiaban en que recobraría su buen talante cuando se hallase de nuevo en acción, montando su lagarto y galopando contra el viento en dirección al sol, hacia la ya mítica ciudad que les aguardaba en una llanura que se decía era un vergel.

Lujan se detuvo de pronto, se inclinó sobre la mesa y apoyó en ella sus manos.

—Adelantemos en dos días la fecha de la marcha.

Varan dejó de estudiar un informe relativo a las provisiones alimenticias y le miró asombrado.

—¿Por qué?

—Pasado mañana todo estaría dispuesto. Psicológicamente sería una buena decisión. Si esperamos al último día, los llantos anegarán las calles. Tomemos a la gente por sorpresa, no la dejemos reaccionar.

Un anciano cabizbajo asintió con la cabeza.

—La propuesta de tu general, Varan, no carece de sensatez.

El Señor de Zhenland consultó a su consejero de intendencia con la mirada, y éste respondió que sí y añadió:

—Las semillas y todo el alimento están controlado y cargado. Creo que si anunciamos la marcha dentro de unas horas podríamos partir cuando sugiere Lujan —sonrió y añadió—: No olvidemos que poner en marcha a más de sesenta mil personas nos tomará todo un día. El avance está previsto, nos convertirá en tortugas al principio.

—Si sólo acampamos una vez durante la luz del sol recorreremos un promedio de cincuenta o sesenta kilómetros diarios —recordó una mujer mayor, de serena mirada y palabras suaves.

La duración del viaje era algo que atormentaba a Varan. Serían veinte o treinta días, si se contaban los posibles imprevistos, los que aquellos miles de personas estarían expuestos a los ataques de los khrislos. ¿Cuántas de ellas llegarían a ver la ciudad?

Si la marcha no sufría ningún retraso, adelantándose en dos días su partida, se llegaría al lugar de la cita con el pueblo de Cianlan casi cuarenta y ocho horas antes. Varan trató de recordar cómo era el terreno que circundaba el Santuario. No le parecía muy bueno para defender al pueblo si se producía un masivo ataque khrislo. Éste era el único inconveniente que encontraba en la idea de Lujan, pero dijo:

—De acuerdo. Disponedlo todo para salir de madrugada pasado mañana.

Lujan sonrió y se marchó para dar las órdenes pertinentes. Parecía contento de que su propuesta fuera aceptada. Varan se preguntó qué demonios había pasado por la cabeza de su lugarteniente para que de improviso la planteara.

No se pronunció ningún discurso ni algunas palabras de despedida. Si hubo un poeta que escribió una oda de salutación a la vieja ciudad, se lo calló.

Casi en silencio, la gente salió por las puertas de la muralla y acudió a su grupo, subió al carro que le correspondía o de su

propiedad y aguardó.

Los soldados recorrían los kilómetros que formaban la gran caravana. Eran los únicos que gritaban. Sus voces roncas se confundían con los mugidos del ganado y, los bramidos de los lagartos.

Varan se puso en cabeza de la expedición. Un poco atrás le seguían Berkas y Alehja. A pocos metros, un pelotón de guerreros escogidos, la guardia personal del Señor de Zhenland.

Mientras el sol amarillo seguía subiendo, allí donde estaba el destino de los dos pueblos fugitivos, Varan hizo que su montura girase y miró por última vez la ciudad donde nació. Tuvo un pensamiento para sus antepasados. La noche antes había visitado sus tumbas y rezó un buen rato.

Alzó una mano y el jefe de los trompeteros se llevó su clarín a los labios y emitió un sonido agudo y prolongado. A continuación, una docena de hombres llenaron el aire de sones marciales y los tambores y timbales anunciaron hasta la retaguardia que era el momento de ponerse en marcha.

De pronto toda la gran serpiente multicolor, densa y expectante, se llenó de gritos; las ruedas de los carros empezaron a girar y la cabeza avanzó, tirando del resto como si de ella dependiera la fuerza de ponerla en marcha.

Varan tomó una mano de Alehja, le sonrió y dijo:

—Allá vamos, amor mío, a la ciudad.

—A nadie se le ha ocurrido ponerle un nombre.

—Es cierto. ¿Tienes alguno?

—Hongara, como el planeta. Debe ser una ciudad para todos. Los tres pueblos aceptaron llamar Hongara a este planeta.

—Ciudad Hongara —sonrió Varan—. Me gusta —soltó una carcajada—. Esperemos que le guste también a Forjian.

Habían pasado veinte días desde la reunión, y para Forjian supusieron otras tantas noches en las que le costó mucho conciliar el sueño. Sufría pesadillas. En ellas veía a Alehja desnuda en los brazos de Varan. A veces, ella trataba de liberarse de su esposo, pero en otras era toda pasión y se entregaba al amor frenéticamente.

Se despertaba sudoroso y temblando. Se habría emborrachado si no hubiera tenido bien grabada en la mente la promesa que hizo a

Varan delante de testigos.

Su pueblo ya estaba dispuesto para ponerse en movimiento. La gente de Cianlan no había sufrido tanto como los otros dos los zarpazos de los khrislos, pero el temor ya cundía en los hombres y mujeres, en los niños y los ancianos. Apenas se escuchó una protesta. Todo el mundo se dedicó a los preparativos con denuedo. La noticia de la fabulosa ciudad que les aguardaba al Este era un acicate.

Forjian no lo comentaba con nadie, ni siquiera con su fiel Korjas, pero tenía recelos, desconfianza. Aunque se decía en los momentos de serenidad que no podía tratarse de ningún engaño, a veces rumiaba sospechas, temores de caer en una trampa que su rival Varan le preparaba.

Así, cuando un correo le llevó la noticia de que la gente de Zhenland y los supervivientes de Ordlan habían salido con dos días de antelación, bramó de cólera y espetó a su general Korjas:

—¿Por qué lo ha hecho?

El hombre se encogió de hombros y permaneció callado.

—Llegará antes que nosotros al Santuario. Varan trama algo.

Korjas era un guerrero valiente pero escasamente entusiasta de las intrigas políticas. Siguió sin decir nada.

—Saldremos mañana, mi buen Korjas —aseguró Forjian. Los ojos le resplandecían—. Tal vez la pretensión de Varan sea apropiarse del mejor acero del Santuario. Quizá sepa de un rincón donde queda todavía un resto de cargas de energía para las pistolas y rifles.

Forjian mantenía espías entre la gente de Varan. Ordenó al correo que regresara lo antes posible y volviera si descubría algo nuevo e interesante.

—Sólo puedo romper el pacto si demuestro que Varan pretende engañarme.

A pesar de sus pocos conocimientos en materias que no fueran guerreras, el general Korjas pensó que su Señor había dejado que su fantasía se desbocara. En realidad, pensó, nada más complacería a Forjian que encontrar un argumento para salirse de la alianza.

Por una vez encontró la fuerza suficiente para responder a su Señor:

—¿No sería más prudente esperar a que estemos en esa ciudad,

señor?

Forjian le miró iracundo.

—Ocúpate de que una fuerza compuesta por quinientos guerreros, los mejores, salga antes que el pueblo. Yo iré al frente.

Korjas abrió los ojos desmesuradamente.

—Dejaríamos a la gente casi desguarnecida, los flancos de la caravana debilitados. Quinientos guerreros son demasiados.

—Haz lo que te mando, maldito seas —rugió Forjian.

El general inclinó la cabeza y se marchó para cumplir las órdenes.

En toda su vida no había visto tan furioso a Forjian.

5

Al frente de veinte guerreros zhenlandanos y ocho de Ordlan, Varan y Alehja coronaron el montículo y desde allí contemplaron, por fin, el Santuario.

—Yo lo vi cuando era joven —explicó Varan. Tenía un nudo en la garganta y recordaba el día en que su padre le condujo hasta allí. Como Señor de Zhenland gozaba del privilegio de cruzar el territorio de Cianlan hasta aquel lugar considerado como sagrado por todos los habitantes humanos de Hongara.

Alehja se puso en pie sobre los estribos. A unos trescientos metros se alzaba el Santuario, la vieja araña de metal negro. Los restos de la gran nave que dos siglos atrás llevó a Hongara a los fugitivos de las guerras estelares, seguían siendo impresionantes a pesar de haber sido saqueados durante el primer siglo de permanencia de los colonos.

Los muñones de acero de la estructura interna de lo que fue una nave estelar se alzaban al cielo hasta una altura de cien metros. Y eran menos de la mitad de lo que tuvieron de diámetro los grandes arcos internos primitivamente.

Entre ellos y el Santuario se elevaba un torreón de piedras. Allí flameaban los estandartes de los tres reinos, indicando que aquella tierra carecía de dueño absoluto y era propiedad de todos.

—No veo a ningún guardián —dijo Varan, preocupado—. El reglamento exige que sean cinco guerreros de cada nación los que vigilen permanentemente.

En previsión de que el pueblo de Cianlan aún tardara un día o dos en acudir a la cita, Varan había pedido a su lugarteniente que acampase a varias horas de distancia de allí, tras encontrar una zona adecuada y fácil de defender de un ataque khrislo.

Después de tantos días de avanzar no habían tenido ningún percance serio con los demonios, apenas unas escaramuzas con

grupos pequeños que las compañías de guerreros de retaguardia libraron satisfactoriamente.

Pese a todo, los exploradores regresaban cada noche al campamento y traían malas noticias. Grandes masas de khrislos marchaban tras las profundas huellas de la caravana. Procedían del Oeste y del Norte. Varan pensó que su vieja ciudad ya habría sido hollada por aquellos seres repugnantes.

Las hordas enemigas estaban demasiado próximas al centro urbano de Cianlan, pensó preocupado. Si Forjian no se daba prisa podía ser alcanzado en pocos días, mucho antes de llegar a la vista del Santuario.

Pero no quería de ninguna manera ofender a su aliado plantando el campamento de su gente en las proximidades de los restos de la nave.

Por eso se había adelantado con Alehja y un grupo de guerreros de las dos naciones unidas por la desgracia y la boda de los príncipes. Los dos querían echar un vistazo a la torre de vigilancia y las ruinas, aunque no entrasen en el Santuario. Era como cumplir una antigua promesa que ambos hicieron el día de su boda sin comunicárselo al otro.

Un pequeño y atractivo secreto que, en vez de separarlos, les unía por medio de una extraña comunicación telepática.

Varan hizo descender su lagarto por la ladera. Alehja y los guerreros le siguieron. Avanzaron hacia la torre silenciosa. Cuando estuvieron a pocos metros de ella descubrieron los primeros cadáveres corruptos de los demonios. Luego, cerca de la entrada principal, vieron a dos de sus desdichados defensores despedazados. Estaban junto a la fuerte puerta de madera derribada.

Por el hedor, Varan calculó que la batalla había acontecido varios días antes. El relevo de aquellos hombres no se produciría jamás. Ellos no recibirían la noticia que les alegraría de marcharse para siempre de la torre y unirse a la gran retirada hacia el Este.

Descabalgaron. Varan desenfundó su láser y la otra mano la mantuvo cerca de la empuñadura de su espada. El sargento de la patrulla se acercó con dos guerreros tras ordenar a los demás que se desplegaran alrededor de la torre.

Varan y Alehja entraron. Durante un instante se mantuvieron inmóviles bajo el dintel. La muchacha estaba sobrecogida por la

escena. Varios de los desdichados defensores del Santuario yacían despedazados en el suelo. Las manchas oscuras de sangre salpicaban todas las losas de granito.

Después de la batalla, imposible de calcular si fue corta o larga, aunque sí debió ser despiadada, los demonios lo arrasaron todo y dejaron sus excrementos sobre los cuerpos de sus enemigos.

Furioso, Varan inspeccionó el resto de la torre. En los pisos superiores encontró dos cadáveres más de humanos y varios de khrislos. El sargento contó hasta veinte demonios dentro y unos doce o catorce en el exterior.

—Fueron sorprendidos de noche, sin duda —concluyó—. Esa partida de demonios debió ser numerosa, unos cien o más. Por las huellas, señor, creo que se marcharon hacia el Sur.

Por aquella parte no había humanos, pensó Varan. Aunque era terreno del reino de Cianlan, no existían granjas más allá. Resultaba curioso constatar que las partidas de vanguardia khrislas deambulaban por la Zona Central como si no supieran a dónde dirigirse exactamente.

De pronto un guerrero que montaba guardia en el exterior lanzó un grito de aviso y todos salieron corriendo de la torre.

El soldado estaba a pocos metros y miraba hacia el suelo. Sus manos aferraban la lanza cuya punta dirigía a sus pies. Al llegar junto a él, Varan vio que había una grieta. Miró al fondo e intentó descubrir lo que se agitaba en el fondo.

—Es un khrislo, señor —susurró el soldado—. Parece que está herido.

El sargento llegó, y nada más ver que el demonio aún vivía, empezó a colocar una flecha en su ballesta. Varan se agachó y su mirada se cruzó con la del demonio. Los ojos oscuros del khrislo relampaguearon al ver tan cerca a los humanos.

—Quieto, sargento —gritó Alehja. Se arrodilló junto a su esposo y añadió con firmeza—: Lo quiero vivo.

Varan recordó que Alehja siempre le había dicho que si tuviera a su disposición un khrislo vivo lograría averiguar muchas cosas de aquella raza misteriosa. Asintió con la cabeza al sargento, que aguardaba su parecer, y dijo:

—Construid una jaula y sacadlo de ahí. De todas formas, mi querida Alehja, no te durará mucho tiempo. Ya sabes que suelen

morir en cautiverio a los pocos días, y éste debe encontrarse muy debilitado después de tantos días sin probar bocado.

—Será peligroso, Señor —dijo el sargento.

—Dispárale una flecha impregnada en cloroformo.

Dejaron a los hombres que se ocuparan de sacar de la grieta al khrislo y regresaron a la torre, en donde el resto de los soldados se ocupaban de la macabra tarea de trasladar los cadáveres de sus compañeros para enterrarlos.

De espaldas a la torre y mirando el Santuario, la pareja se sentó a descansar. Alehja tenía el ceño arrugado, pensativa. Varan la contempló en silencio. Sabía que cuando su esposa se ensimismaba en sus pensamientos era porque algo importante acuciaba su mente.

Ella, la única hija de Berkas, creció sabiendo que un día tendría que casarse con un hombre de su pueblo, como establecía la ley de Ordland para las herederas. Sin embargo, esta cuestión le preocupó siempre bien poco y dedicó muchos años al estudio de las viejas leyendas que la gente llevó a Hongara a bordo de la gran nave.

Cuando aparecieron los khrislos, Alehja emitió una teoría que sólo sirvió para recibir corteses risas de burla por parte de los sesudos investigadores. Ella dijo que aquellos seres horribles no podían haber nacido en Hongara, ni siquiera en el Norte Tenebroso, siempre sumido en las sombras.

Varan se dio cuenta que Alehja sostenía en su mano derecha una de las típicas espadas que usaban los khrislos. La había recogido de la torre. Al preguntarle por qué lo había hecho, ella le respondió:

—No son como las que tenían en la última incursión, cariño. Las otras eran toscas y su acero mal forjado. En cambio, mira éstas ahora.

Alehja se la entregó y Varan la examinó. Su esposa tenía razón. Aquella espada estaba magníficamente forjada y su acero poseía un temple envidiable.

Varan agitó el arma y sintió el perfecto equilibrio del metal en su mano.

—Por los dioses, esto es nuevo —musitó.

Alehja sonrió tristemente.

—Mi vieja teoría se confirma con esto, ¿no? Sólo cabe la explicación, increíble, de que en el Norte existen yacimientos de hierro; pero me resisto a creer que seres como los khrislos sean

capaces de fabricar espadas tan estupendas. Ellos no están capacitados para trabajos manuales que requieran gran destreza, ni para soportar el clima de la Zona Central.

Varan la miró asombrado.

—¿Qué quieres decir? —preguntó.

—Siempre nos hemos preguntado por qué bajan del Norte Tenebroso, jamás del Sur, y desaparecen tras unas incursiones atolondradas. Claro que la del año pasado estaba mejor planeada, e incluso sus armas mejoraron un poco, pero era algo imperceptible. Ahora, sin embargo, parecen tener una estrategia más meditada y, ya ves, sus espadas son casi mejores que las nuestras. Ah, y en cada estación su tiempo de permanencia parece aumentar. ¿Cuántos meses estarán esta vez entre nosotros?

El Señor de Zhenland se levantó y emitió un exabrupto.

—Ojalá lo supiera.

Había pasado el plazo.

Varan, impaciente, acabó ordenando que la caravana reemprendiera la marcha y volviera a acampar cerca del Santuario, pero dio órdenes muy severas de que nadie se acercase a él.

Lujan escuchó de su Señor lo ocurrido en la torre y luego le informó.

—No me lo explico, Varan, pero avistamos krhislos que no quisieron entablar combate con nosotros. Sorprendentemente, se retiraron hacia el Norte.

—¿Quieres decir que ya vuelven a sus tierras? —preguntó Varan con sorna. Aunque algo semejante le habría alegrado, sabía que no podía ser cierto.

—No, no. Es un repliegue, nada más. Varan, me temo que Forjian va a encontrarse con muchas dificultades para conducir a su gente hasta aquí.

Varan preguntó:

—¿Khrislos entre él y nosotros, a medio camino del Santuario?

—Eso es. Yo me atrevería a sugerir que me permitieras salir a su encuentro con algunas compañías ligeras.

A Varan no le gustaba la idea de dividir sus fuerzas. Necesitaba a todos los hombres disponibles para proteger a la población y el ganado, las miles de carretas que transportaban todo cuanto significaba poder reemprender una nueva vida a salvo de la

amenaza khrisla.

—La ciudad de Cianlan está a cuatro días de camino —dijo pensativo.

—Con lagartos de reserva yo podría llegar a mitad del recorrido antes de dos. Si descubriera las huellas del paso de los ciandalanos, regresaría.

—¿Y si te encontraras con una desagradable sorpresa, como por ejemplo descubrir que no han salido de su ciudad?

Lujan emitió una amplia sonrisa.

—A veces he pensado que el Señor de Cianlan jamás pensó cumplir su palabra, y tú ya conoces por qué motivo.

—Te doy mi permiso para que organices dos compañías, doscientos hombres, y vayas al encuentro de los ciandalanos. Al parecer, estamos condenados a ir siempre en su busca.

—Procuraré estar de vuelta antes de tres días. Tal vez no tenga que ir tan lejos.

—Ojalá te los encuentres pronto —deseó Varan.

De noche, el campo alrededor de la torre se cubrió con miles de fogatas. La gente estaba inquieta, quizá por dormir tan cerca del Santuario, quizá porque aquel inesperado retraso no complacía a nadie.

Cuando Varan entró en su tienda, Alehja se volvió para mirarle un segundo y luego siguió con su trabajo. Leía un montón de viejos apuntes. En un rincón estaba la pequeña jaula en la que iba muriendo lentamente el khrislo. Ante su vista, Varan rogó a los dioses que esto ocurriera pronto. Le desagradaba mucho tener tan cerca a un ser tan horrendo.

—¿Sigue vivo? —preguntó.

—Tranquilízate —sonrió ella—. No vivirá mañana. Se muere. Al caer en la grieta ya estaba herido de una cuchillada. Es imposible acercarse a él para intentar curarle.

—Al menos ahora no gruñe.

—Dejó de hacerlo esta tarde.

—¿Para qué lo querías? ¿Sólo para contemplarlo?

—Le haré una autopsia cuando muera, antes de que se corrompa.

—No cuentes conmigo como ayudante —gruñó Varan. A veces no comprendía cómo una mujer de aspecto tan delicado como su

esposa tuviera tanta firmeza.

—Lo suponía. A ti sólo te gusta matarlos.

Varan se sentó en la cama. Empezó a despojarse muy despacio de sus arreos de combate.

—¿Qué has sacado en limpio?

—A los khrislos les envenena el aire de Hongara. Despacio, eso sí.

—Querrás decir que no pueden soportar el de la Zona Central.

—Oh, no. Les perjudica incluso el aire del Norte. Creo que ellos estarían mejor moviéndose en un planeta de menor gravedad.

Varan soltó una carcajada.

—¿Quieres hacerme creer que han venido de otro mundo a éste? —Preguntó cuando logró sofocar la risa—. Lo siento, pero no me los imagino tripulando una nave como nuestros antepasados.

Ella se encogió de hombros.

—No puedo decirte nada en concreto, pero me falta muy poco para poder demostrar que un khrislo se sentiría muy bien viviendo en un planeta más caluroso y más pequeño.

—Pero ellos proceden del frío, del Norte sin luz.

Ella objetó:

—Ellos huyen del norte, cariño. ¿A dónde crees que van cuando desaparecen de la Zona Central?

—Qué se yo.

—Siguen hacia el Sur, cada vez más debilitados, y allí mueren, en los páramos calcinados. Seguro que si un día viajamos por la ruta que han seguido las anteriores invasiones encontraríamos todo el desierto cubierto de pequeños esqueletos.

Varan volvió a mirar al cautivo. Seguro que no le quedaba mucho de vida, pensó. El ser yacía encogido en la jaula, con los ojos cerrados. Sólo a veces, al mover una de sus garras, indicaba que seguía vivo.

—¿Hay noticias de Lujan? —preguntó Alehja. Había cerrado el libro de los apuntes, dando por concluido su trabajo aquella noche.

—Ninguna, y eso me preocupa. Ya hace dos días que se marchó.

—Te prometió que no tardaría más de tres.

—Lo sé, pero sigo sin explicarme por qué no ha llegado Forjian al frente de su pueblo. Alehja no pudo responder. Un soldado apareció en la entrada de la tienda, saludó a su Señor con una

inclinación de cabeza y dijo:

—Han llegado dos exploradores, señor. Uno de ellos dice que en dirección Noreste avanza un ejército ciandalano.

Varan se incorporó de un salto. Quería pensar que era una buena noticia y dijo:

—Será la vanguardia. ¿Qué dice el otro explorador?

—Ha estado más lejos, a unas veinte millas del flanco derecho del ejército de Cianlan, señor, y asegura que ha visto al atardecer cómo una marea enorme de khrislos atacaba una gran caravana.

—¿Qué estás diciendo? ¿Se ha vuelto loco ese explorador?

Varan no podía creer que el ejército de Cianlan anduviera por una parte, lejos de su pueblo, mientras éste era atacado por los demonios.

—¿A qué distancia de aquí se encuentra el ejército? —preguntó mientras recogía sus armas.

—Apenas a dos horas de marcha. Llegará al Santuario antes del amanecer.

—¿Sin novedad de Lujan?

—Ninguna, señor.

Varan se mordió los labios y salió de la tienda seguido de Alehja y el guerrero.

6

A la luz del día los problemas no parecen tan graves. Varan recordaba estas palabras. Su padre solía decirlas a menudo. Aquella madrugada, cuando faltaban todavía algunas horas para que saliera el sol, el Señor de Zhenland deseó que con la luz del día sus propias ideas fueran más claras.

Se había apostado a cierta distancia de los límites del campamento, al frente de dos compañías de guerreros, y justo delante del camino que tomaría el ejército de Cianlan para llegar al Santuario.

Detrás de él, el campamento estaba cubierto por un silencio absoluto, a pesar de que toda su gente ya estaba despierta. La noticia de la proximidad de un ejército de Cianlan había cundido y nadie que fuera conocedor de las viejas rivalidades de los pueblos permanecía tranquilo.

Tuvo que aparecer el primer atisbo de luz solar para que en el horizonte se perfilaran las siluetas de los jinetes ciandalanos.

Lo primero que vio Varan era que sus aliados se acercaban sin ninguna arrogancia.

Pero a medida que la distancia entre los dos grupos se acortaba, en las filas ciandalanas pareció cundir un estremecimiento y éstas recobraron su típica marcialidad.

Varan dijo a sus oficiales:

—Yo me acercaré a parlamentar con Forjian; veo su estandarte al frente.

Varios hombres insistieron en acompañarle y Varan, finalmente, accedió a que lo hicieran tres de ellos.

Luego galopó en dirección a los que llegaban. Los ciandalanos se detuvieron al verle y de éstos se adelantó un jinete. Varan descubrió enseguida que se trataba de Forjian.

El Señor de Cianlan llegó hasta Varan y a pocos metros detuvo

su montura. La bestia bufaba sin cesar, agotada. En la mirada de Forjian se reflejaba el cansancio. Tenía el rostro y toda su armadura llena de polvo. Sin embargo, su expresión resultaba vivaz y dijo con altanería:

—¿Has acabado de saquear el Santuario?

Varan prefirió no considerar aquellas palabras como un insulto y respondió tranquilamente:

—Todo está intacto, excepto la guarnición de las tres naciones. La encontramos muerta. Los khrislos asaltaron la torre hace varios días.

—Estás mintiendo. Me has mentido siempre. Adelantaste en dos días la fecha de tu partida para poder llegar a tiempo aquí y apropiarte de lo que por derecho pertenece a todos.

—Te repito que nadie ha entrado en el Santuario ni tocado nada —Varan empezaba a perder la paciencia. Comprendía que la rabia de Forjian era creada por los celos que sentía—. Sin embargo tú has llegado tarde a la cita, a pesar de que, sin duda, saliste imprudentemente de tu ciudad antes de que lo hiciera tu gente.

Forjian se secó el sudor de la frente con el pañuelo que llevaba anudado al cuello. Estaba pálido cuando respondió:

—Confieso que mi idea era llegar antes que tú, pero tuve que dar muchos rodeos para no enfrentarme a bandas de demonios que descubrían mis exploradores.

—¿Es que has estado desplazándote hacia el Este para llegar hasta aquí? —preguntó Varan, sorprendido y furioso—. ¿Has perdido más de tres días para no tener una sola baja y estar ahora frente a mí con tanta gente que debería ir en la caravana para protegerla?

—Varan, voy a ver con mis propios ojos el Santuario, y te juro por los dioses que si has tomado una sola libra de su acero, te retaré a un duelo a muerte.

—Tú no harás nada de eso porque antes debes saber lo que hace pocas horas me dijeron mis exploradores, maldito insensato.

Forjian protestó:

—No tolero que me insultes…

—Vas a tragarte todo cuanto te diga. Forjian, tu gente salió de tu ciudad después que tú y ahora está cerca de aquí, huyendo despavorida de las hordas de khrislos. Las últimas noticias que

tengo son horribles: Van muriendo mientras corren por las llanuras de Gor, dejando un rastro de muertos, de carros y de víveres.

—Estás mintiendo para ocultar tu traición…

—Entonces adelante, corre al Santuario y calcula cuánto te he robado. Pero yo no te esperaré. Diré a mi gente que levante el campamento ahora mismo. Si quieres luchar conmigo tendrás que esperar hasta que estemos en nuestro destino, a salvo en Ciudad Hongara, la ciudad desierta.

Mientras habían estado hablando, las huestes de Forjian se habían reagrupado y ahora formaban un muro de gente armada detrás de su Señor. Eran muy superiores en número a las dos compañías que Varan tenía preparadas. Si atacaban, podrían arrollarles y alcanzar las primeras líneas del campamento, pero allí serían detenidos por los defensores, con mayor armamento, más frescos y numerosos.

Varan no quería una lucha tan insensata. Forjian, en un estado anímico a caballo entre la rabia y la vergüenza, era capaz de cualquier locura. No veía la manera de aplacarle. El desastre podía producirse en cualquier momento.

Inesperadamente, entre las filas de guerreros ciandalanos se produjo una brecha. Las bestias que montaban dejaron paso a varias carretas que avanzaban renqueantes, conducidas por ciudadanos agotados y todavía con el terror reflejado en sus rostros.

Forjian volvió grupas y galopó hasta los recién llegados. Conversó con ellos unos minutos y regresó junto a Varan, a quien dijo con voz entrecortada:

—Es cierto que mi gente es atacada. Esas familias son de las pocas que han logrado romper el cerco. Se lucha en las llanuras de Gor.

No pidió ninguna disculpa. El orgullo enronquecía la voz de Forjian y la humillación enrojecía su cara.

Pero jamás solicitaría ayuda al Señor de Zhenland.

—Iré en su ayuda —concluyó antes de hacer girar a su bestia mutante—. Varan, quizá no volvamos ninguno. El Santuario es tuyo.

Varan no respondió. La situación en que se encontraba era difícil. Su deseo era cabalgar al lado de Forjian y salvar a los desgraciados habitantes de Cianlan, pero su deber como jefe

absoluto de Zhenland le obligaba a velar primero por los suyos, y a éstos los colocaría en una situación precaria si los dejaba sin la debida protección.

Los extenuados jinetes ciandalanos volvieron grupas y cansinamente se alejaron. Varan los contempló durante unos minutos. Cuando llegaran a las llanuras de Gor apenas tendrían fuerzas para alzar sus armas.

Impartió unas órdenes tajantes a sus oficiales y a continuación se lanzó al galope tras las huellas frescas de los ciandalanos.

Los alcanzó al poco rato. Las llanuras de Gor estaban más allá del río, apenas a un par de millas. Llegarían al final de la elevación del terreno y las verían a sus pies, extendidas hasta el horizonte y dando la impresión de ser infinitas.

Varan se situó al lado de Forjian y durante un momento cabalgaron en silencio. La bestia del ciandalano resoplaba ruidosamente y su corazón parecía que iba a estallar en cualquier momento. Pero Forjian la espoleaba sin cesar, cruelmente.

—Debiste quedarte —le dijo, gritando con todos sus pulmones para hacerse oír en medio del estruendo—. ¿Es que pretendes superarme en estupideces? Dije de verdad que el Santuario era tuyo.

Varan sonrió. Así era aquel hombre. Forjian poseía una mentalidad primitiva. Capaz de las reacciones más imprevisibles, en el fondo tenía un elevado concepto del sacrificio. Era un jugador y a veces sabía perder como el mejor.

Quizá no había aceptado haber perdido a la mujer que amaba, pero le importaba muy poco su propia vida en instantes cruciales como aquél.

Varan hizo señales a sus oficiales para que no apresuraran sus monturas. Los lagartos estaban más frescos y fácilmente podrían dejar muy atrás a las cansadas bestias de los ciandalanos.

Avistaron pronto el final de la meseta. De los terraplenes ascendían carretas de enloquecidos fugitivos. A veces corrían tras ellos grupos poco numerosos de demonios. Los ballesteros de Zhenland más adelantados fueron dando debida cuenta de ellos.

Las tropas fueron deteniéndose. Varan se preguntó cómo era posible que los carros ciandalanos hubieran llegado hasta allí, al menos los más veloces y que, sin duda, debían ir en vanguardia.

Pronto comprendió el motivo.

En el borde de la meseta encontró a los hombres de Lujan, divididos en grupos y apostados junto a los caminos que subían de la llanura. Pie a tierra, los guerreros mantenían a raya a los khrislos que hostigaban a las carretas. Usaban sus flechas, lanzas, piedras y todo cuanto era un arma arrojadiza. Los que disponían de láseres los disparaban con cuidado pero sin preocuparse por el consumo masivo de las preciadas cargas de energía.

Varan mantuvo su lagarto quieto y estudió el terreno. Sobre una gran extensión de la llanura se esparcían los fugitivos de Cianlan. Por todas partes corrían los malditos khrislos, saltando ágilmente sobre las rocas, atacando a las familias casi indefensas. Los guerreros que habían custodiado a la caravana apenas existían. Sólo pequeños grupos corrían desesperadamente de un lado para otro, en un intento postrero para impedir el desastre final.

El pasto engullía a los que caían de los carros. Apenas tocaban el suelo, docenas de demonios saltaban sobre ellos para rematarlos. Los supervivientes habían descubierto que encima del terreno elevado estaba su salvación y sacaban fuerzas de flaqueza.

Lujan ya corría hacia su Señor. A pesar de la tensión del momento su rostro se iluminó ante la presencia de Varan.

—Has venido algo tarde, pero creo que todavía podemos hacer que no ocurra el desastre.

¿Cómo es que Lujan se encontraba tan cerca del Santuario después de tres días? El lugarteniente se lo explicó precipitadamente a Varan:

—Encontramos las huellas de la caravana que salió de la ciudad de Cianlan. Ellos se desviaron demasiado. Hace pocas horas los descubrimos en franca desbandada. Pensé que si nos adelantábamos podríamos hacer algo desde esta posición —agitó la cabeza, desesperado—. Poco en realidad. Han muerto miles, Varan.

—Lo sé. Ahora debemos pensar cómo salvar el mayor número posible.

—Nos estamos quedando sin nada que arrojar y nuestras pistolas están a punto de agotarse.

Varan buscó a Forjian. Encontró al Señor de Cianlan y le dijo de forma tajante:

—Tenemos que bajar a la llanura formando dos líneas que

protejan los flancos de las carretas que avanzan, encauzar a las más dispersas. Si logramos mantener una calle durante media hora me daría por satisfecho. Salvaríamos a bastantes.

Forjian asintió y partió para dirigir a sus hombres. Varan regresó al borde y miró el apretado grupo de guerreros. Sacó la espada y dirigió su punta hacia la llanura. Gritando se lanzó ladera abajo. Sin dudarlo, su hueste le siguió llenando el aire con las consignas de guerra de Zhenland.

Descendieron levantando densas nubes de polvo. A los pocos metros chocaron contra las nuevas hordas khrislas que aparecían. Los demonios surgían como si brotaran del suelo, elevándose de los altos pastos, agitando sus armas y lanzas y emitiendo gruñidos.

Varan usó su espada, trasladando al acero toda la rabia que sentía. Vio saltar en el aire pedazos de demonios, se salpicó con su sangre fétida y pisoteó a muchos. Su lagarto lanzaba dentelladas y desgarraba a cuantos se le ponían delante.

Los hombres de Varan fueron extendiéndose como un reguero de aceite, alejándose cada vez más para aumentar la anchura del pasillo salvador para los fugitivos.

Desgraciadamente, a medida que profundizaban se encontraban con más carros volcados y sus ocupantes asesinados.

Varan se encontró con una carreta atascada. La familia que trataba de huir en ella hacía los esfuerzos posibles para que las bestias siguieran adelante. Dentro de ella había niños que lloraban llenos de terror.

El Señor de Zhenland tiró de las bridas y desoyó el bramido de protesta de su lagarto. Llamó a dos guerreros y les ordenó que sacaran de allí la carreta. Varan mantuvo a raya a varios demonios hasta que la familia se encontró a salvo.

La batalla duró más tiempo del estipulado. El número de carretas que aparecían era cada vez menor y Varan pensó que había llegado el momento de regresar.

Dio las instrucciones para volver. Su trompetero lanzó las notas de retirada y los guerreros zhenlandanos volvieron la espalda a la marea demoníaca y galoparon hacia las alturas.

El regreso estuvo jalonado de múltiples combates aislados. Lejos, al otro lado del ahora inútil paso, los soldados de Forjian trataban de alcanzar las posiciones defendidas por Lujan.

Varan se estremeció cuando dejó de escuchar los silbidos de los láseres. Lujan ya no los disparaba, con toda seguridad porque tenía agotadas las cargas de energía.

Pero su lugarteniente le tenía reservada una sorpresa. Había improvisado catapultas y estaba lanzando tras las líneas que se retiraban grandes bolas de pasto en llamas.

Cuando Varan llegó a las alturas tras de él rugía una muralla de fuego que les protegía. La sequedad de la hierba ayudaba a que el incendio se extendiera rápidamente.

—Ha sido una buena idea, Lujan —dijo jadeante.

—No del todo —se lamentó el lugarteniente—. Calculé los riesgos. Esto mantendrá a los khrislos lejos durante muchas horas, pero también impedirá que lleguen más ciandalanos.

Varan contempló las llamas que devoraban demonios. Meneó la cabeza con pesimismo.

—Dudo que quedaran más, y si los había no tenían posibilidades de salvación.

Forjian pensó también lo mismo. Parecía haber envejecido varios años en pocas horas. Miró con honda amargura los restos de su pueblo que avanzaba ahora parsimoniosamente en dirección al Santuario.

El regreso al campamento fue triste. Habían muerto muchas personas y fueron abandonados demasiados carros con alimentos y material irreemplazable.

Se había producido el desastre temido, el hecho funesto que podía ser el comienzo del fin.

Varan pensaba en los muchos kilómetros que aún tenían que recorrer hasta llegar a ciudad Hongara.

Vio a lo lejos a Forjian, pero no intentó acercarse a él. Temía no encontrar las palabras adecuadas. Todavía no sabía si abofetearle por su torpeza o intentar consolarle.

Sólo respiró algo aliviado cuando avistó el campamento desplegado alrededor del Santuario.

Todavía quedaban esperanzas, decidió con firmeza.

7

Una de las consecuencias que produjo el desastre de las llanuras de Gor era que no había suficientes carretas para cargar todo el acero que aún conservaba el Santuario.

Varios cientos, quizá miles, llegaron hasta el campamento a pie, familias enteras o lo que quedaba de ellas, que tuvieron que ser alojadas en carretas de Zhenland o de Ordlan. Los administradores se vieron obligados a hacer nuevas previsiones para que hubiera alimentos para todos.

Diez días después de haber abandonado el Santuario, ahora apenas unas tristes varas de acero encorvadas. Varan empezó a concebir esperanzas de que estando tan lejos del territorio de Cianlan, los desesperados pueblos no volverían a tener tropiezos con los demonios.

Aunque los exploradores informaban que los khrislos seguían la marcha de los humanos, mantenían, una gran distancia, nunca inferior a los setenta u ochenta kilómetros, siempre avanzando muy despacio.

—Quizá nos den la oportunidad de llegar a Ciudad Hongara —dijo una noche Varan a Alehja, mientras la seguía estrechando entre sus brazos después de haber hecho el amor.

Ella le acarició el pecho, le besó en los labios y le pidió que durmiera.

—Pronto estaremos a la vista de esas altas murallas que nos defenderán de los khrislos.

Varan no replicó. Murió dentro de él su deseo de decirle que aún faltaban casi doscientos kilómetros para avistarla, unos cuatro o cinco días de marcha.

Comprendió por la serena respiración de ella que se había dormido.

Durante bastante tiempo estuvo pensando, calculando

posibilidades, sumando mentalmente las bajas sufridas, los muertos dejados a lo largo de la gran marcha, la merma preocupante en el ganado. Le inquietaba la moral de la gente. El pesimismo cundía rápidamente. Muchos dudaban de que incluso existiera la llamada por todos Ciudad Hongara. Los agitadores de costumbre iban propalando que aún quedaba tiempo para volver y refugiarse en las urbes abandonadas.

El ejército de Forjian había quedado reducido a la mitad, y en poco más la población de su reino. Pero en total había más de cien mil criaturas en la caravana, cien mil seres humanos que debían padecer insomnio cada noche que acampaban.

Incapaz de conciliar el sueño, se incorporó del lecho y salió al aire libre. El centinela cercano le miró y saludó bajando su lanza. Varan caminó lejos de él y se adentró en las sombras, en dirección a una hoguera que crepitaba solitaria.

Allí, al calor del fuego, había una sombra.

Al acercarse, Varan vio con cierta sorpresa que se trataba del general Korjas. El enorme guerrero se incorporó y le saludó respetuosamente.

Varan sabía que, a raíz de la batalla de las llanuras de Gor, el gigantesco general se había vuelto taciturno y ya no fanfarroneaba como era habitual en él.

—Estás un poco lejos de tu campamento, general Korjas —dijo Varan. Se sentó en una piedra y extendió las manos en dirección al fuego.

Korjas tardó un rato en responder:

—Llevo varios días queriendo hablarte, Señor de Zhenland.

—Puedes hacerlo ahora. ¿Se trata de algo oficial?

—No. Hablo por mí.

Korjas no apartaba la mirada de las llamas. Emitía las palabras quedamente, como si le costara un gran esfuerzo pronunciarlas.

—Di lo que sea.

—Señor, mi juramento de obediencia me prohíbe hablar mal de mi amo, pero creo que también tengo ciertas obligaciones con los demás.

—Me parece razonable.

—Forjian no ha vuelto a ser el mismo después de aquel desdichado día.

—Tiene motivos de sobra para sentirse amargado, atormentado por los remordimientos —dijo Varan con acritud.

—Aquella misma noche estuvo a punto de hundirse su daga en el corazón. Yo lo impedí. Le dejé que se emborrachara y le estuve vigilando los días siguientes. Creo que ya no pretende suicidarse, aunque pienso que hubiera sido lo mejor para él, y que los dioses me perdonen.

—¿Lo dices en serio?

Korjas asintió con fuertes movimientos de cabeza.

—Me temo que algo falla en su cerebro, que pierde la razón progresivamente. Señor, Forjian se ha creado una realidad distinta. Quizá sea producto de un instinto de conservación que le está implantando su subconsciente.

—¿Cómo has llegado a esa deducción tan científica? —preguntó con un leve tono irónico en sus palabras. Korjas no era un hombre instruido.

—Hablé con el médico acerca de mi Señor. Es viejo y sabio, y estudió a Forjian. Llegó a la conclusión que mi amo está convencido de que tú eres el único culpable de la aniquilación de la mitad de su pueblo.

—¿Por qué me lo cuentas, Korjas?

—Señor, yo estaré siempre al lado de Forjian, incluso moriré por él; pero quiero advertirte que tengas cuidado. Vigílale. Sospecho que trama algo. Ni siquiera me lo ha confiado. No se fía de nadie.

Korjas se incorporó y Varan siguió sentado. Se limitó a alzar la mirada y contempló al guerrero.

—Ha debido de costarte mucho decirme esto, Korjas. ¿Qué te ha impulsado a ello?

—Mi respeto hacia la gente. Lo último que quisiera ver es a los tres pueblos aplastados bajo las hordas khrislas, aunque para evitarlo me convirtiera en un perjuro.

—Gracias, Korjas. Sabía que eras un magnífico guerrero, pero nunca sospeché que tuvieras un alma tan noble.

Varan se levantó y tendió su mano al general. Korjas negó con un gesto y dijo:

—No. Me haces un honor dándome tu mano para que la estreche, pero prefiero no hacerlo por ahora.

—Eres extraño…

—Soy sincero conmigo mismo. Es posible que algún día yo tenga que empuñar mi espada y cruzarla con la tuya para defender a Forjian. Ojalá no llegue ese día.

El general inclinó la cabeza y se apartó de la hoguera. Luego se perdió entre las tiendas de campaña.

Llegaron a la vista de Hongara, la ciudad abandonada, tres días después.

La caravana se detuvo y todos pudieron contemplar en el horizonte las impresionantes murallas y sus torres.

—Es hermosa —susurró Alehja.

—Invencible —sonrió Lujan.

—Es como un sueño hecho realidad —suspiró Berkas, sollozando por la emoción.

—Un regalo de los dioses, nuestro nuevo hogar —dijo Varan. Se volvió hacia Forjian y le preguntó—: Cada uno ha dicho algo, ¿qué dices tú?

Forjian le devolvió una mirada acerada y respondió:

—Me alegro por ti de que exista, de que no sea un engaño.

En otras circunstancias, Varan hubiera replicado al Señor de Cianlan con violencia y le habría retado a un duelo a muerte. Pero detrás de él se elevaban los gritos de alegría de la gente, los soldados agitaban sus armas, y pensó que por una vez podía hacerse el sordo y no dar por oídas las palabras insultantes de Forjian.

No hubiera sido justo empañar la alegría de aquel día. Los fugitivos, después de tantas penalidades, no merecían la vergüenza de una disputa entre los dos Señores.

Lujan, práctico como siempre, dijo:

—Si no los contenemos se lanzarán corriendo a la ciudad. Supongo que sería un disparate, ¿no?

—Desde luego —asintió Varan—. Desde hace tres días no hemos visto a un solo demonio, aunque los exploradores afirman que siguen nuestros pasos. Creo que sería prudente echar un vistazo a la ciudad. Quizá logremos convencerles de que esperen un día más.

—La noticia les sentará como un jarro de agua fría, pero yo les convenceré —se rió Lujan—. Ah, siempre me tocan los trabajos más ingratos.

—Diles que sería absurdo estropearlo todo ahora por una precipitación —dijo Berkas—. Lo sensato es enviar un grupo para

encontrar la entrada más cercana, examinar la parte de la ciudad que usaremos inicialmente para instalarnos. Oh, no es tan sencillo todo. Hay que localizar zonas para situar los carros, casas apropiadas para convertirlas en almacenes de comida, cuarteles, cocinas, etc.

—Creo que lo comprenderán —aseguró Lujan antes de retirarse en busca de los pregoneros que, esparcidos a lo largo y ancho de la caravana, se encargarían de difundir las instrucciones.

Forjian hizo que su bestia avanzara unos metros y durante un rato se quedó quieto contemplando la ciudad. A Varan se le antojó que era la estatua de un guerrero antiguo ante su última conquista. Recordó las confidencias de Korjas una noche junto a la hoguera y se preguntó si Forjian había perdido la cordura como temía el general.

—Aún quedan bastantes horas de sol, Varan —afirmó Forjian. Al volverse lucía una sonrisa amplia, ausente en sus labios desde hacía mucho tiempo—. Debemos darnos prisa, organicemos el grupo de exploración.

Varan asintió. ¿Qué otra cosa podía decir? Forjian daba por descontado que él iría. ¿Cómo negárselo sin iniciar una discusión?

Acordaron que irían ambos al mando de veinte guerreros. Les acompañarían algunos sabios, los ediles más cualificados, médicos, agricultores y jefes de intendencia.

Alehja insistió en ir también a la ciudad. Varan sólo protestó algo al principio, pero acabó accediendo. En realidad, prefería tenerla a su lado. Sabía también que ella soñaba desde hacía tiempo con aquel día. Alehja sería quien llevaría los viejos planos trazados por el explorador que descubrió aquella enigmática urbe. Sabía interpretarlos sin necesidad de mirarlos, tan memorizados los tenía.

El grupo, un total de cincuenta y ocho personas, avanzó despacio hacia la ciudad. A medio camino ya era visible una de sus entradas. Alehja la localizó en el plano y dijo que era una de las que se habían utilizado cincuenta años antes. En total existían veinte a lo largo de las murallas.

Las defensas estaban construidas por enormes bloques de granito, tan perfectamente cortados que parecían de lejos una sola pieza. Cuando llegaron al pie de las murallas, Varan intentó introducir su daga en una ranura y le resultó totalmente imposible.

—Debieron de utilizar una técnica muy avanzada, contar con medios mecánicos abundantes —comentó un ingeniero, lleno de admiración.

Se detuvieron delante de la entrada, cerrada por dos puertas de aspecto metálico en las que destacaban los adornos de bronce.

—Son de madera recubierta de acero —explicó Alehja, recordando las anotaciones del explorador al margen de los dibujos.

—Haría falta un ariete y cien hombres para derribarlas —gruñó Forjian.

—Nada de eso —sonrió Alehja. Nada las asegura por dentro. Bastará un leve empujón.

Avanzó unos metros y apoyó su mano enguantada sobre el frío metal. Las dos puertas retrocedieron silenciosamente.

—Están perfectamente equilibradas —añadió Alehja. Animó a su lagarto y entró la primera, riendo como una niña traviesa.

Varan no esperaba aquello. Soltó un exabrupto y corrió tras ella. La alcanzó a los pocos metros. Alehja estaba quieta en mitad de una gran plaza que se abría junto a la entrada, rodeada toda ella de edificios de dos o tres plantas que formaban un conjunto armónico. El suelo estaba cubierto de grandes losas de piedra, y sólo la leve capa de polvo que los matizaba y quitaba su brillo delataba la ausencia de seres en aquel lugar.

—No cometas imprudencias —la reprendió Varan—, ni hagas que me avergüence delante de los demás. Dije que debíamos ser prudentes.

—¡Mira, cariño! —exclamó Alehja, extasiada. Varan borró el fruncido de sus cejas y se olvidó de todo ante lo que tenía a su alrededor. Tan ensimismado estaba en la contemplación que no oyó el trote de las bestias y los lagartos de los demás al irrumpir en la plaza.

8

Por acuerdo, los exploradores se dividieron en grupos. Quedaron en reunirse cinco horas más tarde junto a la entrada. Mientras luciera el sol en el cielo no había peligro de perderse. Así, todos prometieron regresar mucho antes del anochecer.

Alehja y Varan, escoltados por dos guerreros, se adentraron en la ciudad. Ellos, sin ningún cometido determinado, podían explorar movidos únicamente por la curiosidad.

—Era verdad —dijo Varan—. El que descubrió la ciudad tenía razón cuando dijo que no la visitó toda durante los siete días que permaneció aquí; es demasiado grande. Dioses, ¿quién la construyó y por qué motivo desapareció? ¿Qué pueblo extraño la dejó?

—Debían ser hombres como nosotros, cariño —respondió Alehja —. Estas casas fueron hechas para personas.

—No pudo ser el hambre, ni las guerras. Todo está intacto, como si de repente hubieran querido alejarse de aquí.

—¿Cómo nosotros hicimos con nuestra ciudad hace más de un mes?

Varan parpadeó. Intentó ordenar sus ideas.

—Pero la nuestra la habrán arrasado los khrislos.

¿Estás pensando que antes vivían seres humanos en este planeta y los demonios acabaron con ellos?

Sería una explicación si aquí hubiera señales de una guerra que debió acontecer hace cientos o miles de años.

Antes de recorrer las avenidas y las calles quisieron visitar algunas viviendas. Todas eran confortables y estaban tremendamente vacías, sin apenas muebles. Sólo descubrieron algunas sillas y varios utensilios de cocina. En muchos cuartos parecía que ciertos objetos fueron arrancados de las paredes, dejando manchas producidas por el tiempo.

Ahora, al comienzo de una amplísima vía flanqueada de

edificios recubiertos de mármol, se detuvieron para contemplar, admirados, la belleza serena de un palacio que se levantaba en el otro extremo.

—Si pudiera lo elegiría ahora mismo para nosotros —sonrió Alehja.

—Por lo menos podemos echarle una mirada, ¿no? Tal vez no se encapriche de él nadie más.

—Me gustaría vivir en él.

—Espera a verlo por dentro.

—Seguro que no nos defraudará. Mira, tiene terrazas en las que aún crecen flores.

—Estará todo lleno de polvo…

—Se barrerá —se echó a reír, con risa cantarina, Alehja.

Descabalgaron y fueron andando hasta el palacio. La primitiva aprensión de Varan por la ciudad y sus misterios iba desapareciendo rápidamente. Al interior del palacio se llegaba subiendo unas escaleras de mármol rojo. Pensó que todo aquello sería aún más bello si el maldito polvo no lo empañara.

—De todas formas, la suciedad no es demasiada —musitó.

Alehja pidió a los dos guerreros que esperasen fuera. Tenía deseos de recorrer el palacio en compañía de Varan. Una vez en el vestíbulo, frente a una amplia escalera que debía conducir al primer piso, dijo repentinamente preocupada:

—Es cierto, Varan: esta suciedad es mínima para una ciudad que debe llevar abandonada siglos.

—Los vientos…

—Los vientos jamás la limpiarían. Mira, el grueso del polvo es similar en las calles al de aquí dentro.

—Eso tendrá alguna explicación que podemos averiguar más tarde. Subamos. Si esto ha sido un palacio, las habitaciones para los señores deben estar arriba.

Ascendieron las escaleras, riendo, jugando como en los primeros días felices de su matrimonio. En el primer piso se dieron cuenta enseguida que aquel edificio no fue construido para servir de residencia a una familia poderosa en la ciudad.

Caminaron por las desiertas habitaciones, despertando ecos lejanos. Miraron las paredes, todas con indicios de que mucho tiempo atrás tuvieron extraños aparatos encajados.

—Jamás hubo aquí calor de hogar —suspiró Alehja, defraudada.

Varan se arrodilló y contempló unos cables de cobre que se hundían en una pared. Pensativo, dijo:

—Tal vez existió en este edificio un centro gubernativo de la ciudad. Mira allí, —señaló en un rincón una vara de metal que surgía del techo—. Es una fuente de luz eléctrica, como las que hemos tenido hasta hace poco en Zhenland. Yo agoté una de ellas la noche que hablé a Forjian del proyecto.

—La gente que vivió aquí gozaba de una alta tecnología, querido, es evidente. Sin embargo, prefirió habitar una ciudad como ésta que parece íntimamente relacionada con la naturaleza. ¿Qué ocurrió aquí?

—Tal vez no se llevaron todo cuando se marcharon, por la razón que fuera. Los sótanos, Alehja. —¿Eh?

—Leí una vez que nuestros antepasados, cuando vivieron en otro mundo, poseían fuentes de energía que ocultaban en las profundidades de sus casas. Si este palacio posee un sótano, tal vez encontremos las respuestas, algunos restos de la clase de poder que usaron.

Alehja se acercó a las puertas que daban a la terraza que viera cubierta de flores desde el exterior. Las empujó y salió al aire libre. Olió enseguida el fragante aroma y entrecerró los ojos.

Caminó hasta la balaustrada y se apoyó en ella. Entonces abrió los ojos y gritó el nombre de Varan.

El Señor de Zhenland acudió rápidamente y miró hacia abajo, a la dirección que su esposa le señalaba.

Junto a los escalones de mármol rojo, los dos guerreros luchaban contra cinco soldados que llevaban los colores de Cianlan en sus armaduras. Y por el fondo de la avenida acudían más al galope de sus bestias mutantes.

—Es la traición de Forjian que me anunció Korjas —dijo Varan. Desenfundó su láser y apuntó contra uno de los ciandalanos. Lo abatió de un certero disparo.

Pero cuando volvió a apretar el gatillo lanzó una imprecación. Había sido la última vez que disparaba su arma. La energía se había agotado. La tiró al suelo lleno de rabia, desenvainó su espada y saltó a la calle, al suelo a una altura de tres metros.

Varan detuvo la finta de un soldado contrario cuando el acero

buscaba el corazón de un guerrero de Zhenland. Le hizo retroceder y lo ensartó aprovechando un descuido.

Se enfrentó a otros dos, haciéndolos descender de las escaleras. Por el rabillo del ojo vio cómo uno de sus hombres caía ensangrentado, acuchillado por la espalda repetidas veces.

Hirió a uno en el brazo y consiguió mantener a raya al otro, mientras el guerrero con sus colores daba buena cuenta de su contrincante.

Pero el grupo de jinetes ya había llegado y varios de éstos descabalgaban. Forjian se mantuvo erguido en su montura, altanero.

—Deteneos todos —ordenó a sus hombres—. Creo que Varan se ha dado cuenta de que poseo los triunfos en mis manos.

Los guerreros ciandalanos retrocedieron, pero siguieron rodeando a Varan y al hombre que quedaba vivo de su escolta. Forjian dirigió una mirada hacia Alehja y luego, sonriente, dijo a su rival:

—Tengo el dominio de la ciudad, Varan. Tus guerreros están muertos. Nadie vendrá en tu ayuda. A ese atajo de sabios curiosos los mantengo distraídos. Hice que me siguiera una compañía de mis mejores soldados. En el campamento nadie se percató de la maniobra.

—Eres un insensato. ¿Qué te propones? —preguntó Varan.

—Me será muy fácil decir que te perdiste husmeando por ahí. Todos creerán la historia de que te caíste y te partiste la cabeza, u otra cosa que se me ocurra. No habrá sucesor para tu pueblo y, según lo pactado, en esta ciudad reinarán los Señores que sobrevivan: el viejo Berkas y yo. Claro que Berkas no durará mucho.

Forjian volvió a mirar a Alehja, quien seguía silenciosa y pálida arriba en la terraza.

—Lamento incluirte, hermosa Alehja, pero no puedo permitir que vivas. No deben quedar testigos. Mas no sentiré tu muerte porque tú eres tan culpable como tu maldito esposo de que la desgracia se abatiera sobre nuestros pueblos.

Varan comprendió que Korjas tenía razón cuando le dijo aquella noche que su amo había perdido la razón. Forjian creía sinceramente que él era inocente de todo.

Vio al general detrás de Forjian. Estaba pálido y mantenía

agachada la cabeza. A pesar de que debía sentir nauseas de cuanto presenciaba, Varan estaba seguro de que seguiría siendo fiel a su Señor hasta el final.

—Estás loco, rematadamente loco —escupió Varan. Su mente trabajaba intensamente tratando de encontrar una solución.

—Haré justicia cuando acabe contigo, Varan.

—La gente no creerá tus palabras, habrá una guerra civil entre los pueblos. ¡Y los khrislos pueden llegar en cualquier momento!

—No me creas un estúpido. Mis tropas entrarán en la ciudad, solamente mi gente. Entonces exigiré juramento de fidelidad a los pueblos de Zhenland y Ordlan, y entre nosotros nadie ha roto un juramento.

—Excepto tú, maldito traidor —bramó Varan.

—¡Tú eres el traidor, quien consintió que mi gente fuera casi aniquilada en las llanuras de Gor! Y por ellos morirás. ¡Soldados, apresad a Varan o matadle si se resiste! Que otros suban y me traigan a la mujer.

Al oír aquello, Varan arremetió con furia contra los guerreros. Luchó al lado del hombre, espalda contra espalda. Intentó bloquear la entrada a la casa, pero eran demasiados y vio con horror cómo varios corrían por el vestíbulo y subían por las escaleras.

Mientras asestaba golpes a sus enemigos elevó un instante los ojos y vio que la terraza estaba vacía. Quizá Alehja tuviera una oportunidad de huir, salir de la ciudad y avisar a Lujan de la traición de Forjian.

Observó que su guerrero sucumbía bajo el golpe de un hacha. Aquel bravo rodó por las escaleras con la cabeza rota. Sintió que la punta de una espada rompía su peto y el acero se hundía en la carne luego de traspasar la cota de malla. Se olvidó del dolor y mató a quien le había herido.

Pero entonces descuidó la espalda y no pudo evitar que el plano de una espada le golpeara en el hombro, y luego otra lo hiciera en su cabeza.

No perdió totalmente el conocimiento, pero dobló las rodillas semiinconsciente y soltó la espada. Rápidamente, varios ciandalanos le sujetaron y maniataron.

En aquel momento se asomó un guerrero a la terraza y gritó a su Señor que no habían encontrado el menor rastro de la mujer.

Forjian se puso en pie sobre los estribos y gritó:
—¡La quiero viva! Si no la encontráis lo vais a pagar con vuestras vidas, hijos de mala madre.
Se revolvió hacia Varan y, tras escupirle en la cara, le dijo:
—Tu esposa será mía antes que ordene su muerte. Ojalá pudiera mantenerte con vida encerrado en una jaula, muy cerca del lecho donde la llevaré durante varias noches, hasta que me canse de ella.
Varan aulló como un animal herido de muerte y realizó esfuerzos sobrehumanos para librarse de los guerreros que le agarraban.
—Por el momento te encerraré, pero no verás el amanecer. Debo encontrar un lugar donde arrojarte vivo para que tu muerte parezca un accidente.
—¡Cerdo, hijo de ramera loca! —gritó Varan.
Forjian acercó su montura hasta donde se debatía el Señor de Zhenland y le propinó un puntapié en la cara. Varan acabó perdiendo el conocimiento.
—Lástima —se quejó Forjian—. Así no puede sentir ningún dolor. Buscad un lugar seguro y encerradle. Los demás que me encuentren a la mujer. ¡Vamos, moveos!
Por la avenida llegó un ciandalano al galope de su bestia. La detuvo a pocos metros de su Señor y, sudoroso, le dijo:
—Se acerca un pelotón con Lujan al frente.
Forjian, ceñudo, consultó a Korjas:
—¿Cuántos hombres tenemos en la ciudad?
—Unos cien, Señor.
—Que se oculten por ahora. Yo iré a ver qué quiere ese siervo del traidor Varan.
—Me quedaré aquí, Señor. Vigilaré a Varan.
—¡No! Te vienes conmigo.
—Sí, Señor —asintió el general. Por un momento había pensado liberar a Varan, y que el cielo y sus dioses le perdonasen algún día, rugió en silencio.
Lujan no cruzó la entrada. Aunque podía hacerlo fácilmente, respaldado por una compañía entera, esperó impaciente, delante de dos guerreros ciandalanos que le exigieron se quedase fuera, hasta la llegada de su Señor.
Pero quien apareció fue Forjian.

—¿Qué quieres? —le espetó enseguida que le vio.

—Deseo ver a mi Señor —replicó Lujan.

—Varan está muy en el interior de la ciudad, ocupado inspeccionando un palacio que le complace para convertirlo en su morada. Dime lo que sea.

—Debo decírselo a él. Llámale o déjame entrar.

—Yo soy igual que tu amo. ¿Lo has olvidado?

Lujan contenía a duras penas su rabia. No veía a más que dos ciandalanos detrás de Forjian. Por un momento estuvo tentado de arrollar al Señor de Cianlan y entrar impetuosamente en la ciudad. Pero recordaba el pacto y no deseaba arrostrar la ira de su superior. Recuperó la calma y dijo:

—Ha regresado la patrulla que manteníamos más al oeste. Su informe es que miles de khrislos avanzan hacia aquí, y si los dioses no lo remedian, los tendremos mañana a tiro de flecha.

—Está bien. Se lo diré a tu Señor.

—Si en la ciudad no existe ningún peligro, es urgente que la gente entre cuanto antes. Necesitaremos horas para preparar la defensa —insistió Lujan.

Forjian sonrió levemente.

—Tienes razón, Lujan. Yo no puedo decidir por tu Señor, pero te digo que comuniques a mi pueblo que lo prepare todo y venga hacia aquí, que me ocuparé de instalarlo en un sector que, junto con Varan, he decidido para él.

—¿Por qué ha de ser tu gente la primera? ¿Por qué no todos juntos?

Forjian soltó una risa divertida.

—¿No tienes prisa? Se trata de un tiempo que ganaremos. Si no lo dispones tú, enviaré al general Korjas para que lo haga.

—Diré al Señor Berkas tu decisión, pero insisto en hablar con Varan.

—Oh, está bien. Regresa dentro de un rato y le verás.

Cuando Lujan estuvo lejos, Forjian emitió una mueca de burla y añadió entre dientes:

—Quizá le veas pronto, sí. Pero muerto, como tú estarás también. Me estorbas, maldito Lujan.

9

Alehja presenció impotente la lucha de su esposo. Ella se consideraba una buena espadachina y hubiera corrido a ayudarle de haber dispuesto un arma en sus manos. Instintivamente se agachó y tomó el inservible láser.

Vio que varios guerreros ciandalanos entraban en el palacio y se apartó de la balaustrada. Llegó hasta la escalera y se asomó un instante. Los hombres de Forjian ya entraban en el vestíbulo y le cortaban el camino más directo para salir a la calle. Pero debía haber otras salidas, pensó.

Recorrió de nuevo el piso superior y alcanzó la parte posterior. Tal como había calculado, encontró que existía otra escalera, más pequeña y empinada. La bajó rápidamente y se halló en unas habitaciones que parecían haber sido destinadas en el pasado a archivos.

Alehja escuchó pisadas que le transmitía el eco. Angustiada miró a todas partes, hasta que localizó una puerta pequeña. La abrió. Descendía al sótano. De nuevo quiso creer que allí podría toparse con un camino que la conduciría al exterior. Su afán era llegar al campamento y contar la traición de Forjian antes de que fuera tarde. Pensaba únicamente en Varan, en su liberación.

Se sumergió en las penumbras del sótano y anduvo a tientas. Cada vez se sentía más deprimida, consciente de que iba irremediablemente a un callejón sin salida.

Tentó una puerta y la empujó. La negrura que la rodeaba era ahora absoluta. Cerró aquel camino y prosiguió avanzando con los brazos extendidos.

De pronto rozó algo frío y estalló delante de sus ojos una cascada de luz que la cegó momentáneamente.

Alehja no daba crédito a lo que veía. Se encontraba en una sala enorme, de techo bajo y piso reluciente. Allí no había una sola mota

de polvo y el aire no estaba cargado de humedad y con sabor rancio como había percibido desde que bajara al sótano. Oyó un levísimo rumor sordo, como el de un motor que funcionase suavemente.

Todas las paredes estaban cubiertas de paneles de mandos y consolas. Resplandecían con múltiples colores, titilaban cuadros luminosos y cambiaban extraños gráficos silenciosos.

A un lado había una doble hilera de pantallas. Alehja, aunque jamás lo había visto, sabía lo que era un televisor. Delante de ella tenía varios, todos encendidos y cada uno reflejando en su cristal una parte de la ciudad.

En una pantalla vio a los soldados de Forjian que custodiaban la entrada. A lo lejos, a través de su hueco, pudo observar el campamento. Pero otro aparato enfocaba una perspectiva de la fachada del palacio, y a través de él se enteró que Varan había sucumbido al fin y era maniatado por sus enemigos.

Cualquier otra mujer de su pueblo hubiera salido corriendo de allí, espantada y convencida de que el lugar era un dominio del diablo. Pero Alehja había devorado todos los libros que se salvaron del Santuario. Tenía nociones de la pérdida técnica de sus antepasados, de confusas teorías que bullían ahora en su mente.

Realizó el esfuerzo supremo de apartarse de la pantalla que la mantenía unida con su esposo a través de la imagen y fue hasta una consola aislada que sobresalía entre todos los aparatos.

Era la computadora central. Miró el complicado teclado. Abundaban los pulsadores rojos, eran escasos los de color azul y sólo había uno que brillaba en tono amarillo.

Lo apretó.

Esperó mordiéndose los labios. Se estremeció al escuchar un chasquido, producido por un segmento de la consola que se deslizaba hacia arriba. Apareció un globo de cristal y a los pocos segundos se formó una mancha en su interior que acabó transformándose en un rostro.

Se trataba de una cabeza humana, la de un hombre de edad indefinida. Miró a Alehja sin verla y empezó a hablar en una lengua totalmente desconocida.

—¿Quién eres? —Gritó Alehja—. Respóndeme. ¿Quién eres?

Pero aquel busto parlante siguió con su monólogo, imperturbable. Rabiosa, Alehja se apartó y regresó ante la pantalla

donde había visto que Varan era apresado. Soltó un grito de frustración al ver que sólo quedaban dos guerreros ciandalanos. Escrutó las otras, todas vacías de gente excepto la de la entrada. Allí vio que Lujan hablaba con Forjian. Si al menos pudiera escuchar lo que decían… Sólo entendió por los gestos que el lugarteniente de Varan se insolentaba con el Señor de Cianlan y regresaba al campamento.

De nuevo frente al ordenador central, contempló el torrente de sonidos del anciano, sus gestos labiales mesurados. Casi fuera de sí, Alehja golpeó la consola con sus puños.

Quizá debió apretar un botón o un mecanismo oculto hizo que algún relé interior saltara, o la abertura quedó libre porque así estaba establecido desde hacía muchos años. El caso era que Alehja recibía en sus manos un botón negro que quedaba unido a la consola por un fino hilo metálico.

De pronto se percató que la imagen del anciano se repetía una y otra vez. Los sonidos que emitía le parecían familiares cada cierto tiempo. No era un mensaje, sino algunas instrucciones que ella debía seguir.

Recordó una imagen de cierto libro y se llevó el botón negro al oído. Escuchó en su lengua, aunque impregnada de giros en desuso desde hacía muchísimo tiempo:

—«… Reparador en servicio. Has de conectar la sección
MN-098
con el vector de emergencia. Ésta es una traducción simultánea, en todas las lenguas de Laninko, y quien la escuche deberá proceder con la mayor urgencia. Repito: Si has entrado aquí se supone que por alguna circunstancia se ha adelantado el momento de la reunión. En caso de que el servicio robótico no haya procedido a la limpieza programada cada treinta giros, se usará la reserva de energía. Quien me escuche ha de actuar como si fuera el Reparador en servicio. Has de conectar la sección
MN-089
con el vector…».

El mensaje no era muy largo y resultaba incomprensible para ella. Meneó la cabeza. Tenía que seguir indagando, hasta que la máquina le dijese cómo escapar de la ciudad por un camino seguro. Insegura, pulsó el resto de los botones azules y esperó.

La imagen del globo se esfumó y éste quedó oculto bajo la consola al descender el segmento.

—¡Sal de nuevo y sigue hablando, rufián! —gritó Alehja, golpeando el salpicadero con rabia.

Se apartó y corrió por toda la sala, mirándola con desesperación. Se paró jadeante y se apoyó sobre una mesa. Había cajones y abrió uno de ellos. Lanzó un grito de asombro. Estaba lleno de cargas de energía para la pistola láser de Varan que aún conservaba metida entre su blusa y el cinto. Eran cápsulas iguales a la que extrajo de la culata, el mismo tono del metal, idéntico símbolo geométrico dibujado en ella.

Mecánicamente recargó el arma y con ella amartillada se sintió algo más segura.

No encontró otra idea mejor que regresar ante las pantallas de televisión. Quizás acabase encontrando la manera de cambiar su enfoque. Confiaba en volver a encontrar con ellas a Varan, descubrir dónde lo habían encerrado.

Se sentó en el suelo y meditó.

Mucho tiempo después, cuando a través de las imágenes, supo que atardecía, vio que una riada de gente entraba en la ciudad. Le pareció normal hasta que comprobó que eran ciandalanos.

El resto del campamento permanecía en su sitio. Entonces, cuando cruzó la puerta el último paisano, los guerreros de Forjian empujaron las pesadas puertas y las atrancaron.

Se incorporó de un salto, se arrojó sobre la pantalla y giró los diales que había debajo. De súbito surgió un torrente de ruidos, el que producía la multitud al desparramarse por la plaza. Había logrado, sin proponérselo, conectar el sonido directo.

Consiguió también que el objetivo de la cámara se moviese. Pronto aprendió a hacerlo con pericia, incluso valerse del *zoom*. Enfocó el rostro del general Korjas, que decía a alguien que no entraba en el campo de visión:

—Insisto en que ordenes abrir las puertas, Señor. Los khrislos atacarán mañana el campamento. ¡Son cientos de miles los que corren hacia aquí! Esos demonios se han vuelto locos. De repente avanzan a una velocidad nunca vista en ellos. Se arrollan entre sí, como si una fuerza extraña les espoleara a acabar para siempre con los humanos que quedamos en este planeta.

Alehja giró el objetivo y su sospecha de que el interlocutor de Korjas era Forjian quedó confirmada. El Señor de Cianlan negaba con la cabeza. Sus ojos tenían un brillo extraño y un hilito de baba resbalaba por la comisura de sus labios.

—No quieren, esos perros, jurarme fidelidad absoluta. ¡Y el maldito Berkas se niega a entregarme la parte del poder que le corresponde! Que se mueran ahí fuera, general. No quiero súbditos que conservan su cariño hacia un traidor como Varan. ¡A ese maldito lo colgaré mañana de una torre para que presencie el castigo que recibirá su pueblo!

Korjas desenfundó su láser y apuntó a Forjian.

—Ordena que se abran las puertas, Señor —gimió el general.

—¿Te atreves a alzar tu mano contra mí, tu Señor?

—Perdóname, perdóname. Yo te defenderé, diré que todo ha sido un plan mío, pero… ¡Por los dioses, deja entrar a esa gente!

—¿Serías capaz de disparar?

—¡Sí! A cambio de tantas vidas bien vale mi deshonor…

Korjas retrocedía despacio, como si quisiera alejarse de su amo. De pronto se detuvo y cayó hacia adelante. En el suelo mostró su espalda de la que surgían las varillas de cinco flechas. Los ballesteros de la escolta personal habían tenido una feroz puntería. Forjian empezó a reír estrepitosamente.

—Cerdo, cerdo inmundo —gimió Alehja. Sus dientes rechinaron —. Serás capaz de una nueva villanía.

Pero ahora tenía un arma en sus manos. Se abriría camino a tiros, hasta llegar ante Forjian. Si se valía de alguna artimaña podría agujerearle su negro corazón antes de que se lo impidieran los ballesteros que siempre protegían al Señor de Cianlan.

Echó a caminar hacia la salida. Peor para los dos ciandalanos si seguían custodiando la puerta del palacio, pensó.

No sentiría ningún remordimiento cuando los abatiera. Serían los primeros seres humanos que iba a matar.

Estaba a punto de alcanzar la puerta de acero cuando escuchó una voz a sus espaldas. Eran palabras extrañas. Se volvió despacio y escuchó entonces:

—Has oído a los tuyos, mujer. Dime, sé sincera. ¿Crees que una raza como la tuya merece otro fin que no sea ser aplastada por esas hordas que llamáis khrislos?

10

Lujan anduvo encorvado bajo su apariencia de mercader. Se acercó hasta el grupo formado por hombres que esperaban junto a un carro lleno de material de forja.

—Todos estamos distribuidos como ordenaste —le dijo uno de ellos. Abrió su capa y le mostró la empuñadura de una espada.

—Forjian ha tenido que repartir sus hombres por todas las puertas —contestó Lujan—, y eso le debilitará. Apenas han quedado por aquí unos cincuenta. Los demás corren por las murallas para atrancar las demás entradas, algo que sólo logrará mañana al amanecer.

—¿Cuándo atacamos? —preguntó un oficial de la guardia personal de Varan.

—Antes quiero husmear por ahí y averiguar dónde está encerrado nuestro Señor —Lujan confiaba todavía en que Varan no hubiera sido degollado por el puñal de Forjian.

La gente encendía antorchas. La noche estaba encima y el deseo de todos de inspeccionar su nuevo hogar parecía haberse esfumado. Casi nadie se alejaba mucho de la plaza, de las inmediaciones de la entrada.

Lujan se alejó y caminó por entre los ciandalanos. Mezclados entre ellos, convenientemente disfrazados, tenía a doscientos guerreros que se despojarían de sus capas de campesinos y artesanos y empuñarían las armas para acabar con la traición de Forjian.

El utilizado, había sido un buen truco para entrar, pensó Forjian. De alguna manera había imitado la estratagema de un héroe antiguo que conquistó una ciudad llamada Troya. Lo había escuchado en una canción de labios de un trovador ciego, hacía años.

Estudió la posición de los soldados ciandalanos. Luego giró la

cabeza y vio el estandarte de Forjian colocado delante de una casa de piedras grises. Si allí estaba el Señor de Cianlan era posible que estuviera también prisionero el Señor de Zhenland y su esposa.

Al pensar en Alehja, la rabia en Lujan creció hasta límites nunca conocidos. Le dolía el alma imaginarse lo que aquel maldito traidor podía hacerle a la mujer de Varan.

No esperaría mucho para atacar, decidió.

Alehja miró al hombre que había hablado por segunda vez en la única lengua que entendía. Era pequeño y encorvado, mucho más viejo que aquel que había aparecido en el globo, pero parecía ser un pariente próximo, tanta semejanza tenían ambos.

—¿Quién eres? —preguntó. Impulsada por un extraño reflejo, ocultó el láser.

El otro estaba desarmado. Vestía una holgada túnica que arrastraba por el suelo al caminar hacia ella. Su piel marfileña se arrugó al formar los labios de una forzada sonrisa.

—Respóndeme antes. ¿Qué haces aquí y cómo has encontrado este lugar? Esa puerta de acero jamás debió abrirse nunca.

—Sólo la empujé.

El hombre dejó de sonreír y lanzó una mueca de rabia.

—Ha debido fallar algo. Mujer, mi nombre es Inkoss y soy el Representante de los laninkos, el Custodio de la ciudad, el Vigilante del hogar que algún día volverá a ser habitado de nuevo por sus verdaderos dueños. ¿Tu nombre?

—Soy Alehja, Señora de Zhenland y de Ordlan —replicó orgullosamente—, y te exijo que me dejes marchar.

Inkoss señaló las pantallas. Las imágenes enviadas desde la plaza mostraban a ésta llega de gente.

—¿Para reunirte con esa podredumbre? —Se encogió de hombros—. Es como querer ir hacia la muerte. Mañana no quedará ningún parásito en la ciudad ni sus alrededores.

—La gente que permanece fuera debe entrar enseguida, antes de que aparezcan los khrislos.

Inkoss sacó una silla de debajo de un mueble y se sentó calmosamente.

—¿Es que crees que tras las murallas estarán a salvo? —Preguntó con burla—. Eres una ilusa. Morirán todos, pequeña. Yo gobierno la ciudad, ¿entiendes? Desde aquí puedo hacer que las

murallas se hundan en el suelo y sus torres apenas alcancen la altura de un hombre. Serían una presa muy fácil para esas criaturas vengadoras. Durante dos o tres días los khrislos perseguirían a los sobrevivientes por las calles y las casas, hasta que no quedara uno solo.

—No entiendo nada. ¿Qué pretende decirme?

—Siéntate. Te lo diré todo. En realidad, tu compañía me agrada. Para ser una salvaje eres atractiva, y yo no veo a una mujer desde hace cientos de años.

Inkoss hizo salir otra silla e invitó a Alehja con un gesto a que se sentara. Ella se acomodó y esperó.

—Ésta ha sido, durante milenios, la ciudad de los laninkos, una selección de seres, de intelectos perfectos, amantes de la filosofía y la contemplación. Aquí vivieron millones como yo, dedicados al estudio de la vida y la naturaleza. Pero hace mil años, el clima de este planeta cambió y se decidió que era necesario marcharse de él por algún tiempo, hasta que las tormentas solares de este sistema planetario cesaran y su clima normal se restableciera.

»A bordo de grandes naves estelares, mis compatriotas marcharon a otra parte de la galaxia. A mí me dejaron al cuidado de todo, junto con otros compañeros. Permanecimos hibernados y cada cierto período de tiempo despertaba uno de nosotros y se ocupaba de limpiar la ciudad mediante robots, reparar las pequeñas averías y tenerlo todo dispuesto para cuando mis hermanos regresaran.

»Fuimos comprobando que el clima no iba a ser el mismo de antes. Por alguna razón sólo era posible la vida en esta Zona, en el hemisferio central. El Norte era un infierno de frío y el Sur, un infierno de calor. Serán necesarios muchos años más para que todo este mundo vuelva a ser como nosotros lo conocimos.

»La última vez que desperté, hace trescientos giros, descubrí que yo era el único que permanecía con vida. Los demás fallecieron en sus cápsulas de hibernación a causa de un fallo inesperado. Volví al sueño y pensé que no volvería a revivir hasta cuando los míos me despertaran.

»Pero hace cincuenta giros, el sistema de alarma me despertó: había gente extraña en la ciudad, unos humanos de aspecto salvaje.

»Se marcharon al cabo de varios días y yo averigüé entonces que

había tres núcleos urbanos a lo largo de la Zona Central, a partir de una distancia que vosotros mediríais con millas.

»Obviamente, no podía consentir que existieran parásitos que profanaran el mundo de mi raza. Mi obligación era mantenerlo virgen, limpio de gérmenes. Sabía que tarde o temprano acabaríais viniendo aquí en masa. Ofendido por todo esto, volví a dormirme después de ordenar al programador que me localizara cierto mundo cercano que pudiera facilitarme el material que yo necesitaba.

»Ese material lo encontré hace cinco años. El computador volvió a despertarme y me ofreció todo un plan de trabajo. Yo envié las grandes naves vacías que desde hace mil años permanecieron orbitando este planeta, los restos que mi gente no necesitó usar, y viajaron hasta un mundo pequeño donde habitaba una raza primitiva, salvaje, y guerrera: los khrislos.

—¿Tú buscaste a los khrislos para que lucharan contra nosotros?

—Para que acabaran con vosotros —rectificó Inkoss—. Mis robots los controlaron psíquicamente y embarcaron a los primeros hace tres años, a los que armé con espadas y lanzas que fabriqué. Es cierto que las primeras armas no fueron muy buenas, pero habrás comprobado que las actuales son incluso mejores que las vuestras.

»Durante los dos primeros años sólo hice tentativas. En realidad no tenía prisa. Tuve la agradable sorpresa al despertar de que vosotros seguíais en vuestros territorios. Pensé que vuestras supersticiones os prohibían venir hasta esta ciudad.

»Todo lo fui preparando para asestaros el golpe definitivo este año, por lo que importé miles de khrislos que depositaba, como siempre, en el Norte Tenebroso. Yo los dirijo mediante impulsos cerebrales, con esa máquina.

Inkoss señaló una consola negra con miles de botoncitos y una gran palanca roja que destacaba en su centro.

—Somos tan humanos como tú. ¿Por qué quieres destruirnos? Este planeta es grande. Jamás hubiéramos venido a tu ciudad si tú no hubieses traído a los khrislos. Si los tres pueblos están aquí es para salvarse.

—Ya ves que no será como pensáis, porque yo haré que bajen las murallas, abriré grandes brechas. Quien domina esto es dueño de la ciudad, pequeña.

—Tú no puedes pertenecer a una raza de grandes pensadores si

de tu cochina mente sólo pueden salir ideas llenas de sangre, de muerte de miles de inocentes, de mujeres y niños, ancianos…

—Yo recibí instrucciones —replicó Inkoss, encolerizado—. Me dijeron: «Inkoss, vela por la pureza de nuestra ciudad mientras dure nuestra ausencia, que la encontremos a nuestro regreso tal cual ahora. Haz lo necesario para que así suceda». ¿Entiendes? No pusieron límite a los medios que podía emplear, y la verdad es que no he encontrado otros que el uso de los khrislos para limpiarla de vuestra presencia.

Alehja saltó de la silla y dijo con vehemencia:

—¡No te dejaron sólo a ti, maldito! ¡Seguro que tú únicamente valías para servir la mesa de los otros que se quedaron también! Los que murieron no habrían decidido jamás la perversidad que quieres llevar adelante.

—Las mujeres de mi raza eran humildes y jamás levantaban la voz a sus hombres —dijo tranquilamente Inkoss—. Por eso me diviertes. A través de las imágenes he visto que vosotras sois diferentes, divertidas. Me harás compañía, mujer.

Ella se volvió y él advirtió:

—No podrás salir. He cerrado la puerta. Permanece conmigo y lograrás vivir algún tiempo. Sé complaciente y saldrás ganando —acabó sonriendo lascivamente.

Alehja trató de conservar la calma. No quería que Inkoss supiera que poseía un arma…, por el momento. Regresó frente a él y dijo con tono despectivo:

—Eres un torpe, Inkoss. Es posible que extermines a los humanos que llegaron a este planeta hace doscientos años para vivir en paz, pero habrás dejado la ciudad verdaderamente sucia.

—¿Qué quieres decir?

—Los khrislos se quedarán aquí, la llenarán de excrementos.

—¿Me crees estúpido, mujer? Soy un varón laninko, un ser superior, recuérdalo.

—Incluso es muy posible que los tuyos jamás regresen. Tal vez se hayan cansado de esperar y ahora estén viviendo en otro mundo.

—Volverán.

—¿Sí? ¿Y qué te pensarán de ti, del Guardián, cuando vean su hermosa ciudad convertida en un estercolero y habitada por bichos repugnantes?

Inkoss agitó una mano con desprecio.

—Tus argumentos son dignos de una mujer. Yo podría devolverlos a su mundo de la misma manera que los traje, pero sería casi imposible porque las naves que descendieron en el Norte llegaron vacías de energía.

—¿Lo ves? —Se rió Alehja—. Estás atrapado.

—Nada de eso. Mira —señaló la consola, ahora concretamente la palanca roja—. Mis exterminadores están condenados a perecer al cabo de varios meses. No resisten la fuerte gravedad de este planeta ni su aire; pero yo no quiero llenar de cadáveres la ciudad. Los llevaré fuera, lejos, y allí los mataré. Sólo necesitaré un gesto, bajar la palanca.

Alehja cerró los ojos y elevó la cabeza. Quiso enviar una oración de gracia a sus dioses por haber escuchado aquellas palabras.

Inkoss pensó que ella se mostraba así porque su inteligencia la abrumaba. Rió y dijo:

—¿Admites mi superioridad sobre ti, mujer?

—Claro que sí —sonrió Alehja. Sacó el láser y apuntó cuidadosamente.

Por un momento temió haber menospreciado a Inkoss. Quizás aquel tipo hubiera estado todo el tiempo sabiendo que ella tenía un arma y guardaba ahora un as en la magna para reírse de su intención.

Todo esto lo pensó Alehja en una fracción de segundo, mientras enviaba a su dedo el impulso preciso para que apretara el gatillo.

11

Había calculado con los demás oficiales todos los pros y los contras. Lujan hubiera querido liberar primero a su Señor, si aún seguía con vida, y luego dominar la situación. Pero el bienestar de la mayoría aconsejaba lo contrario, y Varan habría aprobado el plan de haber podido.

Así, los infiltrados dominaron ante todo a los guardianes de la entrada y abrieron las puertas. Se agitaron las antorchas convenidas como señal para que la impaciente masa que aguardaba se pusiera en marcha y entrara en la ciudad.

Luego, pelotones armados corrieron por las murallas y fueron matando o haciendo prisioneros a los demás ciandalanos que habían partido con la misión de asegurar todas las entradas.

La mayoría de los soldados de Forjian, cansados de tantas intrigas y sin llegar a admitir los motivos de aquella guerra civil, depusieron las armas rápidamente. La población civil de Cianlan ya conocía que la muerte de muchos de los suyos en las llanuras de Gor había ocurrido por culpa de su Señor y aplaudieron el gesto de Lujan y los demás guerreros de Zhenland y Ordlan.

Toda la plaza era un maremágnum de ruidos y gritos.

Al cabo de un rato, sólo resistía la pequeña guardia personal de Forjian, defendiendo tercamente el edificio gris convertido en cuartel general por su amo. La muerte del general por su amo. La muerte del general Korjas había desmoralizado a la tropa y sólo se pusieron al lado de Forjian los más fanáticos.

Lujan irrumpió en el interior de la casa tras partir el cráneo a un ciandalano y avanzó como un huracán por las habitaciones, seguido de varios de sus más fieles.

Al doblar el recodo de un pasillo avistó la oscura figura de Forjian. Al verle, el Señor de Cianlan lanzó una imprecación y retrocedió. Lujan intuyó que había querido entrar en un cuarto y se

detuvo ante su puerta cerrada. Le pareció un buen sitio para usarlo como una celda y mandó derribar la puerta.

Una débil descarga de un láser casi agotado saltó la cerradura y un puntapié de Lujan hizo el resto. Al otro lado vieron a Varan en el suelo, fuertemente atado con cadenas.

Una vez liberado, Varan exigió una espada y preguntó dónde estaba Forjian.

Ante la sorpresa de todos, Lujan dijo:

—Muerto, Señor —se volvió hacia sus hombres y les dijo—: Ayudad a vuestro Señor y sacadle de aquí.

—Me habría gustado abrirlo en canal —se lamentó Varan—. ¿Sabéis dónde está Alehja?

—La están buscando, señor. La encontrarán, sin duda.

—Quizá logró esconderse de los hombres de Forjian. Escuché a éste ordenar a los suyos que se la trajeran. ¿Tú mataste a Forjian, mi buen amigo? —preguntó a Lujan.

—Un señor como tú no debe mancharse con la sangre de un vil como Forjian.

Los hombres entendieron a Lujan y sacaron a su Señor de la celda, mientras el lugarteniente retrocedía y corría en pos del Señor de Cianlan.

Encontró a Forjian en la terraza de la casa, buscando inútilmente un camino por el que huir.

Lujan lo llamó con un silbido.

—Cruza tu espada conmigo y muere con honor —dijo—. Es tu hora. No busques cómo escapar porque el odio te rodea. Y el desprecio de todos.

Iluminado por el satélite rojo, Forjian se revolvió. En su mano derecha sostenía su espada de empuñadura de oro y miró a Lujan. Su rostro contraído, desencajado, reflejó el color de la luna.

Forjian lanzó un grito infrahumano y se lanzó con la espada alzada contra su oponente.

Lujan sintió una súbita desilusión. Aquél no iba a ser un combate que cantarían los trovadores. Iban a necesitar poner mucha imaginación en sus canciones para que resultaran atrayentes.

Se limitó a adelantar su espada y esperó que el cuerpo de Forjian fuera atravesado por ella.

Durante un instante tuvo muy cerca el rostro patético de Forjian,

quien parecía no darse cuenta de que la vida se le escapaba por la gran herida.

Lujan soltó la espada y el Señor de Cianlan rodó por el suelo.

—No volveré a usar un acero que has contaminado con tu sangre —dijo el lugarteniente con solemnidad. Recogió la espada con empuñadura de oro, soltó una carcajada y gritó al cielo—. Prefiero la tuya, será mi trofeo.

Y se volvió para bajar a la calle.

Amanecía y frente a la muralla estaba el espectáculo más horrible que jamás se había visto en Hongara.

A lo largo de varios kilómetros, una masa oscura, fétida y aullante, avanzaba hacia las murallas. Los khrislos, agrupados densamente, iban a empezar el ataque.

Junto a su Señor, Lujan dijo:

—Nos agotaremos matando khrislos, señor.

El tono burlón de su lugarteniente no consiguió quitar a Varan su gesto preocupado. Había tenido que olvidarse de su amada, de buscarla personalmente, para ocuparse de su deber: defender su gente de aquella amenaza horrenda que se aproximaba.

Pensó que Lujan también debía pensar que los khrislos podían llegar a lo alto de las murallas sobre los cuerpos de sus propios muertos. Era una posibilidad en la que nadie había pensado.

A lo largo de las murallas se apostaban todos los hombres capaces de luchar, incluso algunos ancianos y mujeres. Todos formaban ahora un solo pueblo con la única misión de defender aquella ciudad que ya consideraban como suya propia, por la que habían pagado muy caro, con sangre de sus familiares la mayoría.

—Podrán llegar hasta arriba —gruñó Lujan con destemplanza.

Varan le agarró un brazo.

—Míralos —dijo sorprendido.

—¿Qué he de ver?

—Se detienen, deambulan desorientados… ¡Se derrumban!

Era cierto.

La marea de monstruos oscilaba y se encogía sobre sí misma. Parecía bajar de altura a medida que caían unos sobre otros. Miles de personas presenciaron desde las murallas aquel fenómeno, silenciosas y atónitas.

El inesperado proceso sólo duró unos minutos. Después, el

campo frente a la ciudad estaba quieto y negro, erizado de armas de acero que ya no sostenían sus dueños.

Varan no permitió que nadie bajase a comprobar si efectivamente los demonios habían muerto. Ante la insistencia de Lujan, acabó accediendo. El lugarteniente tardó casi una hora en regresar cuando estuvo de nuevo bajo la entrada, alzó su espada y gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Los krhislos han dejado de ser una amenaza para nosotros! Sus cadáveres se extienden más allá de las colinas. ¡Gente de Hongara, dad gracias a los dioses y preparaos para limpiar de carroña los campos!

Varan no escuchó las aclamaciones que profirieron miles de gargantas. Despacio, bajó de las murallas. Caminó entre la gente que bailaba en la plaza y en las calles adyacentes. La alegría era tan grande que nadie le reconoció.

Siguió caminando hacia el palacio de mármol. La luz roja de la luna seguía alumbrándole. Sabía que cuando llegara al lugar donde presentía iba a encontrarse con Alehja, sería de día. El sol iba alejando los tintes escarlatas del satélite.

Alehja dejó que el arma se ajustara a su cinturón. Exhaló un profundo suspiro y pasó por encima del cuerpo de Inkoss. El viejo Guardián parecía en la muerte más pequeño que nunca.

Antes de abandonar la sala, echó un vistazo a la consola negra. La palanca roja estaba bajada, en la misma posición que la habría puesto Inkoss después de que los khrislos hubieran masacrado a los tres pueblos.

La puerta de acero no le ofreció ninguna resistencia. Cruzó el umbral y caminó por las penumbras del sótano, ascendió hasta el primer piso del palacio y alcanzó la salida justo cuando surgían los primeros rayos del nuevo día.

Se detuvo sobre los escalones rojos y miró la ciudad. Percibió un lejano griterío. Los pueblos de Hongara celebraban algo, y ella sabía cuál era el motivo de su alegría.

Alehja alzó su brazo y apuntó al cielo su pistola. Apretó el gatillo.

El poderoso haz de luz trazó una línea que ella quería fuera de llamada.

Estuvo disparando sin cesar, derrochando energía, hasta que una

figura conocida apareció al final de la avenida. Sonrió.

Seguro que Varan echaría a correr enseguida, atraído por la señal luminosa del láser, y se estaría preguntando por qué lo hacía Alehja.

Ella sólo dejó de apretar el gatillo cuando lo tuvo a pocos metros. Le sonrió antes de echar a correr para arrojarse a sus brazos.

¡Tenían tantas cosas que contarse!

Alehja iba a abrir a Varan nuevas y asombrosas sendas para los humanos de Hongara.

FIN